



# ¿Cuál es tu historia?

Ana Paula Benitez

¿Cuál es tu historia?

Ana Paula Benitez

# Prólogo

*Al desnudo, esta historia comenzó así.*

Desperté aquella mañana con casi la mitad del cuerpo sobre el escritorio. Me había quedado escribiendo hasta muy tarde y, como siempre, me había dormido frente a la laptop. Miré la pantalla por un momento y noté que al menos no había arruinado la escritura. Sí había babeado el escritorio de manera descomunal...

Buen trabajo.

Miré hacia la ventana y la luz del sol me cegó por unos segundos. Me cubrí los ojos con una mano y me apoyé en el escritorio con la otra. Me levanté y caminé lentamente hacia la ventana. Sin antes bostezar y estirarme, corrí las cortinas blancas y abrí un poco la ventana para que el viento de la mañana refrescara la habitación. Me volteé y caminé hacia la cocina con la idea de prepararme un café, pero no pude ni siquiera completar medio trayecto cuando fui atacada por una pieza de Lego.

Sí, leyeron bien.

—¡Ah! ¡Tony! ¡Deja de robar las cosas de los vecinos! —Con furia me dirigí hacia la cuna del gato y como de costumbre me encontré con nadie—. Desagradecido, te compro una cuna hermosa y sigues durmiendo en cualquier otro lado. ¡¿Sabes cuánto cuesta una cuna como esa?!

Callé al darme cuenta de lo inútil que era quejarme. Aun así, se sentía muy bien. Escuché un estruendo en el patio trasero del edificio y al fin supe hacia donde debía gritar. Corrí hacia la ventana y salí al balcón cargada de cólera y autoridad.

Así es, soy dueña de un gato y lo trato como tal... o algo así.

—¡Tony! ¡Te voy a matar!

Miré hacia el patio y noté que el causante de tal estrépito no había sido Tony. Despegué los labios para hablar, pero lo único que salió fue un balbuceo bastante incoherente.

—Hola.

Al desnudo, así comenzó. Un hombre de tez pálida y ojos azules y profundos estaba parado detrás de una reposera. Se veía muy nervioso y apresurado. Y lo único que traía puesto era un reloj de oro. ¿Quién era él? ¿Por qué estaba desnudo? ¿Dónde estaba Tony? Fruncí el ceño y abrí la boca de nuevo, pero seguí sin hablar.

—Tuve una mala noche —bromeó él—. ¿Podrías ayudarme?

—Am...

—¡Vivo en el noveno piso! —aclaró repentinamente—. No soy un extraño. Tú eres la dueña del gato cleptómano, ¿verdad?

—S-Sí.

Mi Tony es popular entre los vecinos.

—Entonces... ¿me ayudas?

—¡E-Espera allí!

Me volteé y corrí hacia el dormitorio. Resbalé con un calcetín y caí de espalda. Oh, bendita habitación la cual no había ordenado desde la última visita de mi madre...

Tomé una toalla y corrí hacia el balcón de nuevo procurando no pisar otro calcetín asesino. Arrojé la toalla por el balcón y le indiqué a mi desvestido vecino del noveno piso que esperara en

la puerta. Me coloqué las pantuflas y bajé por el ascensor hasta la planta baja. Estaba nerviosa, avergonzada, como siempre cuando tenía que socializar con alguien. Abrí la puerta y mi vecino entró con una sonrisa y una expresión de alivio en el rostro.

—Gracias.

—De nada.

Hice una mueca nervuda con los labios y me miré los pies.

—Necesitaría otro favor —mi vecino se rascó la nuca al hablar. Luego bufó, pero no dejó de sonreír ni por un segundo.

—Claro.

—¿Me prestarías tu teléfono? Necesito llamar al cerrajero para que abra la puerta, no tengo las llaves encima y, bueno...

Hizo un ademán y al fin dejé escapar una risilla.

—No hay problema.

Subimos por el ascensor en silencio, ni siquiera me atreví a verlo. Escuché alguna que otra risa suelta en el aire por parte de él, pero no me atreví a mirar ni una sola vez. ¡Adiós, mañana cuasi tranquila!

—Soy Benjamín.

—Cara.

—¿Cara?

—Sí.

—Ya veo.

Benjamín apretó los labios y contuvo la risa. Lo ignoré por completo. Había sido el centro de bromas en la escuela primaria y secundaria, ya estaba acostumbrada.

Entramos al departamento y me dirigí a la mesa del comedor en busca del teléfono celular. Escuché que la puerta de la entrada se cerró con suma delicadeza y supuse que aquel hombre envuelto en la toalla era bien educado.

—Ten. —Le entregué el teléfono y me alejé mientras él marcaba el número—. Tony —murmuré—. Tony, ¿dónde te metiste?

Me incliné un poco para mirar debajo de la mesa, pero no encontré nada. Junté el bloque y lo sacudí de arriba abajo por unos segundos, en silencio traté de especular dónde podría estar husmeando mi felino amigo.

—¿Tony? —la voz de Benjamín me hizo voltear.

—Mi gato —respondí mientras me sumergía en aquellos orbes llenos de curiosidad—. Siéntate... donde quieras. Lo siento.

Educación Cara. Sé educada también.

—Estoy bien —contestó sin dejar de mirar los cuadros—. Bonita decoración.

—Gracias...

—En especial las tazas sucias y los paquetes vacíos en el escritorio —mencionó y apuntó el escritorio con el dedo índice.

—Es mi zona de trabajo —traté de defender injustificable.

—Oh, claro, necesitas ese paquete para... ¿En qué trabajas? —Con una ceja arqueada hacia arriba me miró.

—Soy... escritora.

—¿Escribes?! ¡Eso es fantástico!

—¿Eso es ironía? —pregunté con desconfianza.

—¿Qué? ¡No! ¿Por qué haría algo como eso?

Am... ¿Porque la mayoría del tiempo las personas que conozco piensan que no es un trabajo real? ¿Porque ni siquiera mi madre está conforme con lo que hago?

—No lo sé —bufé y oculté la verdad en tres palabras.

Noté un brillo especial en los ojos de Benjamín. Aquel hombre con clase pasó a comportarse como un niño en cuestión de segundos.

—¿En serio crees que es fantástico?

—¡Por supuesto! —Benjamín alzó las manos en el aire y me miró como si fuera una ingenua—. Me encantan los libros —comentó—. Quiero decir, los buenos libros —esclareció—. Cuando era pequeño no tenía muchos amigos.

—¿En serio?

Con esa increíble apariencia era difícil de creer. Lindos ojos, lindos labios, lindos modales...

—Oye —Benjamín murmuró ofendido—. Me enfermaba mucho, tenía un sistema inmunológico deplorable. —Allí iba él y sus complejas y elegantes palabras. Benjamín se rascó la nuca por unos segundos, suficientes como para permitirme memorizar los detalles de su sonrisa—. Leía muchos libros —contó él—, Julio Verne, Edgar Allan Poe, Mark Twain, ¿los conoces?

—No personalmente —bromeé—. Pero sí, los he leído.

—Lo que hacen con las palabras —habló inmerso en su mundo—. ¡Son artistas! ¿No crees? —Asentí con la cabeza y él me señaló—. Los escritores son artistas, nobles artistas que viven haciendo lo que aman y que no son tan valorados como deberían.

—Supongo —murmuré.

No supe que decir, sentí las mejillas cálidas y me rasqué la nariz para tratar de ocultar el notorio rubor que probablemente tenía en el rostro.

—¡Claro que sí! —reafirmó—. Crean mundos, personas, historias... —Benjamín miró el escritorio—. Pero tu casa es un desastre, si me permites decir.

Benjamín tenía un modo bonito de insultar a las personas. Te ofendía, pero con cierto respeto que te provocaba más frustración que enojo.

Benjamín se colocó las manos en la cintura, pero segundos después cambió de postura y se puso en acción. Mi vecino tomó algunas tazas de sopa instantánea sin esperar un segundo más y las tiró en el tacho de basura. Luego caminó hacia el escritorio, arrugó los paquetes vacíos e hizo lo mismo que antes. Yo sólo admiré la espalda de Benjamín en silencio por unos segundos.

—Oye, no hagas eso.

Excelente reacción, Cara, verdaderamente apresurada y certera.

—¿Acaso los necesitabas? —preguntó con ironía.

—N-No, pero...

—¿Pero...?

—Es mi casa.

—Y se nota —bromeó Benjamín.

—¡Oye!

—No creo que sea una buena idea tener tantas cosas tiradas, al menos que estés construyendo una granja de cucarachas en tu propia sala.

—Tal vez lo esté haciendo.

—¿Sí?

—Son populares en los países asiáticos.

Benjamín dejó escapar una risilla y miró el polvo de los estantes con cierto pudor.

—Oh, ya entiendo —susurré.

—¿Qué tienes un gran problema?

—No —respondí—, eres un obsesivo compulsivo por la limpieza.

Benjamín me miró con la boca abierta y sonrojado, aún más sonrojado que yo. *¡Touché!*

—¡El cerrajero! —canté con felicidad al oír el timbre del departamento.

Ignoré los reproches de Benjamín y atendí al cerrajero con una sonrisa de oreja a oreja. Cuando al fin el cerrajero pudo abrir la puerta, Benjamín me agradeció una vez más y se despidió. Y así, la tortura comenzó.

# 1

## Drama innecesario

¿Por qué tortura? Porque al día siguiente de aquel encuentro no tan maravilloso decidí salir al mundo por uno de los objetos más preciados por el ser humano y al volver a mi dulce hogar me encontré con que Benjamín estaba esperando frente a la puerta.

—Es un chiste —dije con la bolsa de arena para gato aún en brazos.

—No —respondió con seguridad—. No puedo dejar que esa cosa nos consuma a todos.

—¿Cosa?

—Sólo abre.

—De acuerdo.

—¿Y tu gato?

—Todavía no volvió.

—Tal vez esté muerto debajo de toda esa basura.

—¡No bromees con eso!

—No era una broma.

Tony no estaba muerto. Volvió horas después con la ropa interior de la vecina del quinto piso. Un gato cleptómano y un vecino obsesivo compulsivo, fantástico.

—Tu casa no se ve tan mal cuando está limpia. —Benjamín dejó la escoba por un momento y suspiró cansado.

—Tienes razón.

Miré a Benjamín y comencé a reír sin poder evitarlo. Él me miró con cierta incredulidad y curiosidad.

—Esperaba un agradecimiento.

—¡Lo siento!

Me cubrí el rostro para que no me viera reír. Benjamín se veía muy gracioso con el delantal puesto, y los guantes, y el pañuelo en la cabeza, y las mejillas rosadas de tanto trapear. Eso sí, conste que yo no lo había obligado a nada. Él se ofreció solo. Bueno, "ofrecer", más bien, se metió en mi departamento y lo consideró parte de su habitud natural, pulcro y refinado.

—Grosera.

Me compuse segundos después y lo miré con cierta pena, pero me di cuenta que él solo estaba bromeando. Benjamín sonrió un poco y se sacó el pañuelo de la cabeza. Se sentó en el sofá y Tony se acercó a él.

—¿Tienes agua al menos?

—Sí.

Fui a la heladera a buscar la botella y él aprovechó la oportunidad para mirar mi trabajo en la laptop. Ignoró el interrogatorio realizado por los maullidos extraños de Tony, se sacó los guantes y enseñó el reloj de oro. Se sentó en la silla del escritorio y en silencio leyó algunas oraciones.

Observé como los labios de Benjamín se movían mientras el pronunciaba de manera inaudible cada palabra. Noté que reaccionaba con cada palabra, que las sentía, y que sus ojos brillaban con cada uno de esos sentimientos. Tragué saliva al ver que estaba sucediendo.

Me estaba enamorando.

—Escribes muy bien.

—Supongo.

—Algo detallista.

—¿Lo crees?

—Sí, es como si observaras demasiado las cosas.

—Mi madre siempre dice eso —comenté mientras dejaba un vaso de agua fresca en el escritorio—. Que observo mucho, que pienso mucho.

—¿Lo haces?

—Eso creo.

—¿Tienes portavaso?

Tomé un papel lleno de garabatos y se lo di. Benjamín tomó el papel y bufó por la nariz. Mi vecino del noveno piso bebió un poco de agua y dejó el vaso encima del papel.

—Di algo de mí.

—¿Sobre ti?

Aquella pregunta me tomó por sorpresa.

—Sí, algo.

Noté que los labios de Benjamín estaban humedecidos por el agua y sonreí un poco. Entrecerré los ojos y miré hacia la ventana, luego volví a mirar a Benjamín y dejé escapar aire por la boca.

—Cuánta concentración —bromeó él.

Benjamín sonrió un poco y el foco imaginario se encendió encima de mí.

—¿Qué tal tu sonrisa?

—¿Mi sonrisa?

Benjamín amplió más aquella mueca de felicidad cuando escuchó mis palabras.

—Sí... por ejemplo, cuando te ríes, tus labios se estiran junto con tus fosas nasales —le expliqué. Él se tocó la nariz, curioso—. Tienen una perfecta armonía, y se hacen unas pequeñas muecas en los costados, como unos hoyuelos casi perfectos... casi.

—Arrugas, malo para mi edad.

Reí un poco y negué con la cabeza.

—Pero cuando sonríes con tranquilidad no se notan las muecas y los labios se vuelven más finos y delicados, como si supieran que era el momento perfecto para moverse de aquella manera. —Por algún motivo había bajado el tono de voz al hablar. Noté que me había inclinado para verlo mejor y que estaba demasiado cerca de él—. ¡Sin mencionar que parecen bien cuidados! —Me separé casi un metro de él. Lo sé, a veces exagero demasiado—. ¿Usas manteca de cacao?

—Sólo en invierno —dijo con una sonrisa burlona.

—Y esa sonrisa burlona de costado es muy diferente a la ganadora o a la nerviosa.

—¿Existen más sonrisas?

—Sí —respondí.

Hice un ademán para que se moviera. Benjamín se levantó de la silla y se paró al lado del escritorio. Yo me senté en la silla y respiré hondo para tratar de concentrarme y volver al trabajo.

—Eres muy buena —murmuró Benjamín—. Pero no sabes nada de los detalles del hogar.

Puse los ojos en blanco y dejé escapar un quejido. Quise enojarme, quise sentirme ofendida. Pero no pude hacerlo ni un poquito. Tampoco pude evitar enamorarme de él. Aprendí cada detalle de él como si fuesen parte de una pintura. Desde el lunar debajo de su barbilla hasta la profundidad de su voz.

El día que nos conocimos, él había salido con una chica por segunda vez. Una chica a la que jamás había llamado de nuevo, a la que creyó jamás haberla visto o invitado a una cena y con la



que aprendió una gran lección. La dulce venganza de una mujer resentida. La mujer lo dejó en un cuarto de hotel, desnudo, atado a la cama y sólo con el reloj para que se preparara cuando la mucama entrara y lo viera allí con una cámara a un lado, una nota, y una foto de él desnudo.

Reí lo suficiente como para que él también se riera de la desgracia que le había pasado. Odié eso, odié caerle tan bien. Odié aquella sonrisa y aquellos gestos. Y los amé, amé todo de él.

Odié que me abrazara cada vez que quería y que se parara tan cerca para leer la pantalla. Odié que me ayudara a escribir porque me resultaba cada vez más difícil ser independiente. Depender de alguien de aquella manera... patéticamente romántico.

Y amé los abrazos, cálidos y llenos de afecto. Amé los juegos y las palabras aburridas que salían de su boca. Amé el orgullo que le salía por los poros cada vez que hablaba del trabajo, de alguna mujer o de un buen día. Amé cuando bromeaba con sinónimos absurdos e inexistentes. Amé aquella sonrisa variante, aquellos ojos brillantes y aquella actitud deslumbrante.

Amar y odiar al mismo tiempo las mismas cosas sólo me hacían sentir confundida y nerviosa. Era una tortura eterna.

Una tortura que yo misma creé.

Durante un tiempo, Benjamín se volvió parte de la rutina. Ayudaba con la limpieza de la casa, compraba comida para mí porque "las comidas instantáneas no eran sanas" y a veces cocinábamos juntos ya que "pasar mucho tiempo frente a una pantalla no era saludable". A menudo se quedaba después de comer, hablaba sobre su día, sobre su pasado, sobre sus encuentros y desencuentros con mujeres. Él era un ganador, un casanova, un hombre que muchas mujeres deseaban y querían. Y él jamás desaprovechaba la oportunidad.

Respondía a aquellas historias con tan solo una sonrisa. No sentía furia, si bien envidiaba a las chicas que tuvieron la oportunidad de besarlo, de quererlo. Él no era un objeto que me pertenecía, él era alguien apreciado. Él era mi amigo y yo estaba muy segura que no me veía más que eso. Yo era la amiga leal que lo sacaba de apuros y dejaba que leyera en exclusiva el producto bruto, recién sacado del horno, o como quieran llamarlo.

Pero el dolor...

El dolor fue el final de una historia estúpida e irracional que mi mente estuvo escribiendo sin papel ni tinta, y sin mi permiso.

La fecha de entrega había llegado, y, como siempre, estaba más alterada y cansada que lo habitual. Tenía que prepararme, verme presentable y cubrir las ojeras que la noche anterior me había proporcionado.

Tomé el sobre que estaba arriba de la mesa y me dirigí a la puerta. Cuando la abrí me encontré con Benjamín parado frente a mí. Dejé escapar un grito muy desafinado y apreté el sobre con fuerza.

—¡Me asustaste!

—¿Estás bien?

—Estoy apurada —respondí—. Estoy atrasada, mi editor me pidió verlo en la oficina hace media hora.

—Te llevo.

—No, quédate a cuidar a Tony si quieres.

—¿Es broma? ¡Te llevo! —Sentí que una mano me rozó la mejilla y balbuceé—. Pelo de gato.

Oh, magnífico, agotador y mortal coqueteo natural que Benjamín llevaba integrado en las venas y que te dejaba sin aliento. Algún día moriría de vergüenza y nadie lo culparía debido a aquella sonrisa tan maravillosa con la que podía conquistar al mundo y convertirse en el esposo de la Reina Elizabeth III o incluso en la misma Elizabeth III. Sí, Elizabeth.

Acepté la oferta debido a su gran insistencia y me acompañó a la editorial. Arribé al edificio, bajé del auto y corrí por el lobby hasta llegar al ascensor. Apreté el botón y bufé al ver que no bajaba tan rápido como esperaba.

—Tranquila —Benjamín se paró detrás de mí con las manos en los bolsillos—, ya estamos aquí.

—No entiendes, la fecha de entrega es... —Hice un ademán con las manos—. No conoces a mi editor, va a castigarme de la peor manera que existe.

—Exagerada, como siempre —comentó Benjamín.

—No, en realidad tiene razón. —Margaret caminó hacia nosotros, miró a Benjamín de arriba abajo y sonrió—. Soy Margaret, pero me dicen Maggie.

—Benjamín.

Ambos sonrieron con complicidad al estrecharse la mano y yo gruñí por lo bajo, asqueada. Soportaba escuchar las anécdotas de Benjamín con cualquier otra chica. Toleraba cuando hablaba de ellas y de las tácticas de coqueteo que utilizaba. Sin embargo, no aguantaba a Margaret. Ostentosa, oportunista, ladrona, mentirosa, embustera, usaba a las personas y las desechaba como si fuesen pañuelos. Una vez fui su amiga...

Era bellísima, sí, y la felicitaba por ello. Además, era muy inteligente y audaz. Pero no soportaba el hecho de que aprovechara sus virtudes para sobrepasar a los demás de las peores maneras y dejarlos tirados en la calle...

Soy algo rencorosa.

Tal vez demasiado...

—¿Entonces?

—¿Mm? —Miré a Margaret y ella carcajeó.

—Otra vez en las nubes —murmuró—. Le estaba diciendo a Benjamín —se acomodó el cabello— que tu editor es el más exigente de todos, y tiene un carácter *muy* especial.

—De la exigencia nace la excelencia —comenté—. Sí, va a gritarme y yo voy a llorar, pero el libro saldrá más rápido y mejor corregido de lo que se espera.

—¿Te gusta tu editor?

—Sí, me encanta —dije con ironía en la voz.

Durante el corto y eterno viaje por el ascensor, Margaret no dejaba de delinear el dibujo que Benjamín tenía en la remera. Celos inmundos. Cuando Margaret nos dejó solos, al fin pude gruñir y quejarme de su cuasi-presencia. Benjamín me miró confundido y con una ceja en alto. Hice un ademán con la mano y miré hacia el espejo del ascensor.

—¿Qué te sucede? —preguntó.

—No es nada.

—¿Es por Maggie?

—Sí, Maggie —murmuré sin despegar los ojos del reflejo en el espejo del ascensor.

—¿Qué tiene ella?

—No es lo que parece, es demasiado superficial, y detesto que trate mal a las personas que no son... ¿lindas?

—Bueno, eso es fácil de detectar.

—Usa palabras de manera que ella y los demás sepan que está burlándose del pobre chico que tomó el valor suficiente para poder hablarle y pedirle una oportunidad.

—La detestas.

—¡Y se roba a todos mis amigos! ¡Y coquetea aun cuando sabe que el tipo tiene novia o que su amiga está enamorada del tipo!

—¿Hace eso?

—¡Es increíblemente detestable! ¡Y sorprendentemente idiota cuando de personalidad se habla!

—Aun así no borraré su teléfono —dijo mirándose la palma de la mano.

—Jaja —reí con ironía—. Espero que al otro día no aparezcas en casa hablando de como estuvo la noche y que tan sexy es ella y bla, bla, bla. Soportaría a cualquier persona, pero a ella no.

—¿Estás celosa? —preguntó casi riendo.

—Y si estoy celosa, ¿qué tiene de malo? —murmuré.

—Cara.

—Sí —respondí y lo dejé solo en el ascensor luego de que las puertas se abrieran.

Me dirigí a la oficina y luego de que mi editor gritara, yo le respondiera, él gritara de nuevo, yo llorara y él aceptara el sobre, salí de la oficina. Me encontré sola, no había nadie en el pasillo esperándome. Benjamín no estaba allí, tampoco en la puerta del edificio, ni siquiera se encontraba en la calle. Bueno, ni siquiera estaba su auto.

Grandioso, los celos habían arruinado una relación de amistad que casi cumplía un año. Me maldije a mí misma por ser tan idiota y contar los meses como si fuera algo más que una amistad. Volví a casa en taxi y descubrí que Benjamín había dejado las llaves extras del departamento frente a la puerta. Las tomé y entré al departamento.

Los siguientes días fueron peores de lo pensado. Cada vez que lo encontraba en el ascensor, ni siquiera me hablaba. Huía cada vez que podía y me miraba como si fuese una mujer obsesionada con él. ¡Vivíamos en el mismo edificio! ¿Qué esperaba?

—Y hoy ella vino al edificio —murmuré. Resignada dejé escapar un suspiro—. Y esa es mi historia.

—Un completo drama.

—Sí, completo drama.

## 2

### Albert

¿Cómo había terminado? Oh, sí, ya lo recuerdo. Durante mi travesía hacia la búsqueda de alimento para el delincuente de mi gato me topé con mi archienemiga de la mano del príncipe falso y paranoico. Me encontré con Margaret y Benjamín en la entrada del edificio, fingí no conocerlos y continué con la cruzada. Compré la bolsa de alimento de 5 kilogramos y deambulé por el barrio al no tener el valor para regresar a casa.

El cielo nublado y el aroma a tierra mojada me advirtieron que la lluvia estaba a la vuelta de la esquina. Sin embargo, no me importó; lo único que quería en aquel momento era una pizca de felicidad, algo cálido que me abrigara el alma. Así que decidí tomar un té en mi cafetería favorita. Con la compañía de 5 kilos de alimento de gusto a salmón, tomé asiento en la barra de la cafetería y bebí una taza de té más dulce y duradera de lo habitual.

Un anciano se sentó a mi lado y me sonrió cortésmente. Traté de sonreírle y ser amable con él, pero él lo notó, notó lo agotada que estaba. En silencio, el anciano y yo observamos el comienzo de una lluvia ligera y serena que minutos después me robó un suspiro.

—¿Corazón roto?

Asentí ante la pregunta del anciano y dejé escapar otro suspiro.

—¿Quieres otra taza de té?

Y así, le conté todo lo que había sucedido a aquel extraño, desde el principio hasta el final. La historia de un amor encontrado y un amor perdido. Un amor que tal vez jamás había existido, o al menos no había tenido la fuerza suficiente para hacerse sentir.

—Y hoy ella vino al edificio —murmuré. Resignada dejé escapar un suspiro—. Y esa es mi historia.

—Un completo drama.

—Sí, completo drama. —Sonreí con melancolía—. Ahora me siento una tonta, sabía que no tendría oportunidad con alguien como él... y aun así...

—No creo que seas una tonta, ni una loca —comentó—. Te arriesgaste a amar, es algo peligroso, pero muy valiente —agregó—. Tu valor es admirable.

—Supongo. —Sonreí un poco y jugué con la taza vacía—. Jamás había hablado de amor con alguien —admití—. Ni con mi madre. Ella siempre culpa al estrés y dice que lo olvide y continúe con mi vida —conté—. Pero no es algo que quisiera simplemente olvidar o abandonar por una opinión ajena.

—Opinión ajena —repitió en un murmullo—. Entiendo —dijo con una pequeña sonrisa en los labios—. En mi época todo se resumía a qué pensarían los demás.

En ésta época también. Pregúntele a mi madre.

—Mi nombre es Albert, por cierto —se presentó.

—Cara —respondí.

—Cara, es un hermoso nombre.

—Gracias. —Asentí con la cabeza en forma de agradecimiento—. Usted... ¿A usted... le rompieron el corazón alguna vez?

—¿Qué si me rompieron el corazón? —Albert dejó escapar un suspiro sonoro—. Sí,

claramente —respondió—. Y fue algo similar a tu situación —agregó.

—¿Ah sí?

—Sí.

Albert sonrió con un poco de pena. Imité aquella sonrisa y desvié la mirada hacia la ventana. Por unos segundos deseé ser lluvia. Serena, tenue, fría...

—Si esto fuera una novela —murmuré—, nuestro gran amor estaría parado allí esperándonos bajo la lluvia. —Señalé con debilidad hacia afuera—. Empapado por una lluvia que ni siquiera se interesa por él y cuyo único interés es caer sin prestarle atención a las consecuencias.

—Pero no lo es —dijo Albert.

—No, no lo es. Por eso las escribo...

—Tengo una pregunta.

—Dígame.

Por primera vez lo miré con cuidado, noté que tenía los ojos celestes, claros y cristalinos como el cristal. Tenía abundante cabello, blanco como la nieve.

—¿Tú eres quién escribió "*Cartas de un desconocido a Dios*"?

Entrecerré los ojos y pensé por un breve momento.

—Sí, yo lo escribí, pero como lo sup—

—¿Y ahora estás escribiendo algo? —me interrumpió.

—Terminé de escribir una historia hace poco, todavía no la publicaron.

—Y ya que estamos hablando de amor, dime —dejé la taza vacía a un lado y me miró con seriedad—, ¿qué te parecería escribir una historia sobre un hombre que estuvo enamorado de su mejor amigo por más de cincuenta años? —preguntó. Yo lo miré sin saber que responder—. ¿Quieres oír mi historia?

—Sí, por favor.

—Muy bien.

Aquí comienza la verdadera historia de este libro. O eso creo. La historia de Albert y Cara, por Cara.

Que tonto suena cuando lo digo de esa manera...



*Albert. Albert Silverman conoció a Peter Smith cuando tenía tan solo ocho años de edad. Peter y sus padres se habían mudado a la casa de al lado y la familia de Albert no dudó en presentarse y ofrecer una mano cuando la precisaran. Albert y Peter se volvieron compañeros de aventuras desde entonces. El niño debilucho había encontrado al cómplice valiente y temerario que necesitaba. Se llevaron muy bien desde el principio, y aquella amistad se fortaleció aún más el día en que Peter decidió hacerle una broma a la maestra como venganza por haber regañado a Albert frente a todos.*

*Aquel día, Albert rió como nunca y, para él, el tiempo se detuvo cuando vio la sonrisa más pura en todo el mundo. Albert y Peter se volvieron mejores amigos... y Albert se enamoró de Peter ese día sin siquiera saber que era el amor.*

*Albert se enamoró de la risa de Peter, de esos ojos verdes que se cerraban cada vez que su amigo sonreía como un pequeño zorro. Se enamoró de la nariz arrugada y la lengua rosada; se enamoró de un niño de su misma edad, de un amigo al que jamás le contaría su gran secreto. Albert se enamoró de Peter.*



Invité a Albert a cenar días después y él aceptó con gusto. Estaba muy entusiasmado con la idea de contarme la historia de su vida. Y, a decir verdad, yo también lo estaba.

En la puerta del edificio nos encontramos con las dos personas a las que había tratado de evitar todo ese tiempo. De la mano de Benjamín, Margaret nos saludó con demasiado entusiasmo para mi gusto. Albert y yo respondimos el saludo y subimos al ascensor con ellos.

Benjamín y Margaret empezaron a coquetear en la esquina del ascensor. Margaret acorraló a Benjamín y él sonrió con nerviosismo. Si ella supiera que a él le gusta demasiado el espacio personal...

Benjamín le habló con cierta amabilidad a Margaret y la distanció disimuladamente tomándola por los hombros. Margaret pronto se aburrió y decidió hacer lo que mejor sabía hacer.

—¿Cómo has estado, Carita?

—Muy bien —respondí.

—¿Tu abuelo vino de visita? —Margaret inclinó la cabeza y miró a Albert.

—Él es mi amigo Albert.

Albert me sonrió con sinceridad e hizo un ademán con la cabeza. Margaret dejó que el aire le saliera por la nariz y carcajeó sin voz. Benjamín me miró de reojo y apartó la mirada cuando se encontró con mis ojos. Apreté los puños y miré el piso por unos segundos. ¿Cómo podía haberme enamorado de tal persona?

—Entonces es como un abuelo de alquiler —bromeó Margaret.

—¿Y tú eres...? —preguntó Albert.

—Margaret.

—¿Eres una novia de alquiler?

Me atraganté con mi propia risa y comencé a toser. Salimos del ascensor antes de ser aplastados por la mirada de Margaret y no paré de reír hasta que abrí la puerta del departamento.

—Tenías razón —dijo Albert—. Que mujer tan engreída.

—¿Lo cree?

—Me recuerda a Adeline, la primera novia de Peter.



*La primera novia de Peter. A los dieciséis años Peter conoció a Adeline, una rebelde sin causa que se escondía detrás de las bancas del gimnasio a fumar cigarros. Adeline rápidamente se interesó en Peter y en las grandes cualidades atléticas que él tenía. Y una semana después de haberse conocido, Adeline y Peter ya se pavoneaban abrazados o tomados de la mano por los pasillos de la escuela. Se convirtieron en la pareja más popular de la escuela, comenzaron a recibir mucha atención, lo cual le encantó a ambos.*

*Pero todo tiene una consecuencia. Los chicos empezaron a detestar a Peter debido al gran cambio de actitud que había tenido. Y Peter se alejó de quienes importaban. Sólo una persona siguió a su lado, Albert.*

*Albert era quien lo sacaba de problemas, quien escondía las botellas de cerveza en los arbustos para que el padre de Peter no se enterara que su hijo menor de edad bebía sin*

*restricción alguna. Era Albert quien hacía la tarea de Peter cuando él no lo hacía porque "tener una novia costaba tiempo y trabajo". Albert se quedó al lado de Peter porque lo conocía, conocía al Peter real. Y tenía la esperanza de que su mejor amigo volvería a ser quien era.*

*Desde el principio, Adeline trató mal a Albert. Lo consideró un problema, una piedra en el zapato. Albert no era un chico popular en la escuela, y su presencia siempre era una molestia para ella. Pero Adeline sabía muy bien lo leal que era Albert, sabía que él no abandonaría a Peter por nada en el mundo, que lo ayudaría en todo y que jamás se quejaría de nada ya que Peter era muy importante para él. Así que se aprovechó de aquella incondicionalidad y lo dejó de rodillas cada vez que tuvo la oportunidad.*

*Albert se cansó de ser humillado y dejó de ser el único poste que soportaba los seísmos de Peter. Se alejó de Peter, se resguardó en su hogar, en su familia y en sus libros. Prefirió la soledad al sufrimiento.*

*Un día, Peter huyó de casa luego de haber recibido una golpiza por parte de su padre, quien había descubierto unas botellas de cerveza vacías debajo del porche principal y furioso había arremetido contra él. Al no tener amigos a quienes recurrir, Peter se dirigió a casa de Adeline. El joven se escabulló por la ventana del dormitorio de la chica y le pidió ayuda. Pero ella se negó y le pidió que se fuera de allí antes de que alguien lo viera y la avergonzara.*

*Peter no era el novio oficial de Adeline. Peter era el novio que los padres de Adeline indudablemente detestarían. Jack, en cambio, era el novio oficial de Adeline. Jack era marinero y tenía un gran futuro por delante.*

*Peter descubrió sobre Adeline y Jack. Peter se dio cuenta de lo tonto que había sido y trató de reparar todo, pero fue muy tarde. Peter se quedó sin amigos, sin apoyo. Solo una persona aceptó las disculpas de Peter y se ofreció a ayudarlo.*

*Albert perdonó a Peter, le dio la bienvenida a su hogar y, por unas semanas, dejó que sea su compañero de habitación. Albert ayudó a Peter a reconciliarse con su familia y amigos. Albert le prometió al padre de Peter que cuidaría a su amigo y que le ayudaría a ser una mejor persona.*

*Y las cosas parecían haber mejorado desde ese entonces. Peter mejoró en la escuela gracias a Albert, y Albert sintió que Peter estaba volviendo a ser quien era antes de conocer al huracán llamado Adeline. Tiempo después Albert descubrió un gran secreto que Peter trató de ocultar por meses. Un secreto que rompió el corazón de Albert. Peter era alcohólico.*



Pensé toda la noche en Peter, en el gran cambio que él había tenido por una chica y en las malas consecuencias resultado de una tóxica relación. También pensé en su secreto. El secreto que ocultó a todos, incluso a su mejor amigo y a su familia. De seguro se habría sentido solo, apartado de la sociedad. En su interior, Peter se encontraba en una isla donde la mejor forma de olvidar los problemas era bebiendo.

Mi forma de olvidar era comiendo helado y mirando películas de acción donde los sujetos malos eran golpeados. Mi forma de recordar y de dejarlo en el pasado era escribiendo. Cuando comencé a trabajar en la escritura, ya no era solo una forma de recordar y expresar mis pensamientos, también era mi futuro, mi carrera y mi vida. Y cuando Benjamín se integró a aquel mundo en el que yo vivía, mi isla pasó a ser un pueblo de dos habitantes.

La soledad era algo que me costaba entender, y que siempre llevaba conmigo. La descubrí en

los libros, en la vida y en las personas. El exceso de soledad me convirtió en una persona insegura y llena de desconfianza, pero a la vez sedienta de cariño.

Si mi isla perdía a un integrante, estaba segura que Benjamín no lo notaría.



### 3

## Una sombra protectora

—Albert.

—Dime.

—¿Cuándo lo descubrió?

Era sábado por la noche y luego de cenar mi nuevo amigo y yo nos sentamos en el balcón a deleitarnos con la brisa nocturna y a hablar desde el corazón. Tony levantó la cabeza y miró a Albert como si él también quisiera saber la respuesta a mi pregunta. Albert dejó escapar un sonoro suspiro y frunció el ceño al tratar de recordar. Apoyó la taza de té sobre la pequeña mesa de plástico que tenía en el balcón y miró hacia el patio trasero del edificio. Imité a Albert y fijé la mirada en el patio. Vi la reposera y me maldije por dentro al recordar aquel día.

—Las estrellas...

Albert estaba mirando el cielo, no el patio. Levanté la vista y sonreí apenada.

—No hay estrellas —respondí—. Los edificios ocultan la mayor parte del cielo...

—Lo sé —Albert habló entristecido.



*La familia de Albert no era adinerada, pero tenía suficiente como para ir a acampar cada verano. Albert aprendió ciertas claves de supervivencia que no necesitaban la fuerza bruta, sólo el conocimiento. Peter reaccionó fascinado al descubrir que su mejor amigo era un experto en el arte de acampar, decidió por sí mismo que algún día ambos tenían que acampar y sobrevivir una noche sin supervisión adulta.*

*Los años pasaron, Albert asumió que Peter se había olvidado de aquella asombrosa idea. Sin embargo, Peter apareció un día con un bolso bastante cargado y le dijo a Albert que empacara sólo lo necesario ya que era hora de cumplir con una promesa que jamás había sido hecha. Albert no declinó, tampoco dijo una palabra. Conocía a Peter demasiado bien como para saber que algo le estaba ocurriendo. Peter era una persona de tener ideas repentinas, pero aquel día había algo diferente en él.*

*Albert le advirtió que no era un buen momento para acampar. Era invierno. Pero Peter volvió a insistirle y le dijo que ambos tenían que probar que eran muy fuertes y que nada (ni nadie) podía decir lo contrario. Albert accedió al ver que Peter no cambiaría de decisión y porque, a pesar de no ser la mejor idea de todas, quería reírse un poco y decirle a Peter "te lo dije" cuando el frío lo atrapara.*

*La primera vez que Albert acampó con Peter, no había tienda. Peter había jurado que la había llevado. Pero sólo tenían bolsas para dormir, una fogata, malvaviscos y un suelo totalmente congelado.*

*La noche llegó tan pronto ellos arribaron al lugar y el viento heló a Peter de pies a cabeza. Allí fue cuando Peter supo que había sido una mala idea. Por supuesto que no se lo dijo a Albert, Peter era demasiado orgulloso. Para Albert, fue gracioso ver a su mejor amigo tratando*

*de no temblar y negando el frío incuestionable. Fue aún más gracioso ver a Peter tratando de apagar las chispas de fuego de sus cejas.*

*Sin embargo, no todo fue risas. Albert no podía dejar de pensar en la actitud de Peter, sabía que algo estaba ocultando. ¿Pero qué? Trató de ignorar los momentos en los que la mirada de Peter se perdía en el espacio, también intentó no tomar en cuenta las botellas de cerveza que habían intercambiado lugar con la tienda de acampar.*

*Aquella noche, Peter comenzó a divagar entre conversación y conversación. Con la mirada fija en el cielo, Peter le contó a Albert que había tenido una discusión con Alessia y que ella le había dejado. Peter le dijo a Albert que era su mejor amigo y que jamás olvidaría lo que había hecho por él. Peter dijo muchas cosas aquella noche...*

*Las botellas de cerveza que Peter cargaba en el bolso fueron vaciadas en muy poco tiempo. Peter las ocultó en un árbol y le pidió a Albert que no le dijera a nadie. Albert tan sólo lo dejó pasar, ignoró el problema de Peter al sentir un completo vacío en las palabras que fueron dichas aquella noche.*



—A veces creo que yo... —Albert miró al cielo de nuevo— que yo sólo era un escape.

—¿Lo cree?

Albert asintió.

—Las personas querían a Peter, él... él era alguien fácil de querer —comentó—. Peter hubiera encontrado alguien o algo en que apoyarse.

—Si él hubiera querido a alguien más, ¿no cree que lo hubiera buscado?

—No lo sé.

—Yo sí lo sé.

Albert sonrió confortado y cerró los ojos por un instante.

—Peter lo necesitaba.

—Tienes una bonita casa —Albert cambió de tema repentinamente.

—Gracias.

—Creo que debería marcharme ya. —Albert se levantó de la silla y se acomodó el saco—. Deberías venir a mi casa a desayunar el lunes.

—Suena bien —respondí.

Acompañé a Albert a la entrada del edificio. Él me tomó la mano derecha y me dio un cálido apretón.

—Clara, hablar contigo es como hacer la confesión que jamás he podido hacer.

—Albert.

—Estás liberando mi alma de un gran peso —dijo él—. Lo-lo que estás haciendo por mí no tiene precio.

En silencio entré al ascensor, apreté el botón y fijé la mirada en el piso de granito gris. La puerta se abrió y sin decir una palabra aun ingresé al departamento. Bufé y tiré las llaves sobre la mesa, estiré los brazos hacia arriba y me paré sobre las puntas de los pies. Me acerqué a la ventana y apoyé la mano sobre el marco, estuve a punto de correr la ventana cuando de repente Tony saltó frente a mí con una flor en la boca.

—Eso es nuevo —murmuré confundida.

¿Tony Montesco? Miré a Tony por un momento. Él caminó hacia el escritorio y dejó la flor

debajo de la silla. Luego saltó al sofá, bostezó, se recostó y cerró los ojos. Sonreí un poco y recordé lo mucho que Tony cambió mi vida. Y por primera vez sentí que tal vez yo estaba cambiando la vida de alguien.

—Tendré que llamar a mi editor —murmuré. Tony volvió a bostezar y se frotó el rostro—. Y a mi madre... o no. —Apreté los labios e hice una mueca—. Me pregunto por qué lo ignoró.



*Albert no lo sintió al principio, pero aquella enfermedad también le estaba afectando a él. Albert ignoró a Peter, se distanció de él en la escuela militar; trató de formar un camino propio y solitario, un camino sin dolor.*

*Cuando Peter fue amenazado y casi expulsado de la escuela militar, Albert sintió mucha pena y culpa porque al fin se dio cuenta que en vez de ayudarlo, él solo lo ignoró. Y aquella ignorancia había dañado más a Peter.*

*Peter se sentía solo, su única amiga era la botella. No tenía con quien hablar, con quien descargar toda esa furia. Ambos se expusieron al dolor, ambos tenían la culpa y la responsabilidad de la situación. Peter también reaccionó cuando lo amenazaron con la expulsión. Y sin saber qué hacer, acudió a la única persona confiable, otra vez.*

*Peter le pidió ayuda a Albert, Albert ayudó a Peter y volvieron a ser tan cercanos como antes, o incluso más. Esta vez, la amistad tomó otro significado. Albert se convirtió en un apoyo moral, alguien con quien Peter podía contar y a quien podía llamar cuando se sentía presionado y tenía ganas de beber. Albert no volvió a abandonarlo, no volvió a abandonarlo hasta que se retiraron del ejército.*



Era lunes por la mañana, los rayos del sol iluminaban la ciudad y el refrescante viento enfriaba el pavimento abrasador. Me sentí afortunada al poder disfrutar de una hermosa vista y de un agradable viaje en autobús. Una pareja platicando alegremente, dos niños jugando piedra, papel o tijeras, una señora mayor leyendo un libro. La simpleza de la vida siempre me ha causado cierta fascinación.

La casa de Albert era todo lo contrario a la simpleza. Era enorme, estaba pintada de blanco y estaba adornada con un hermoso jardín delantero. El jardinero estaba allí presente, regando las rosas con sumo cuidado. Se detuvo al verme y se tomó el sombrero de paja, luego lo levantó apenas en el aire y me deseó buenos días.

Un ama de llaves me recibió en la puerta. Era una señora mayor de cabello blanco y ojos marrones, vestía con ropa elegante de trabajo y olía a cerezas. Me dio la bienvenida y me acompañó a la sala de estar donde Albert estaba esperando.

—Su casa es enorme —comenté después de saludarlo.

—Lo es —coincidió él—. ¿Quieres ver la casa antes de desayunar?

—Me encantaría.

En compañía de Albert hice un recorrido por el resto de la casa. Albert tenía muchos lujos: vasijas antiguas de porcelana, de platal, de todo tipo de material imaginado y utilizado por el hombre; cuadros de artistas renombrados; sillones suaves y aterciopelados; alguna que otra

chimenea distribuida en los cuartos. No tenía televisores en las habitaciones, sólo había uno en la cocina para los empleados y otro en una habitación a la que no me dejó entrar. Lo que no faltaba en ninguna de las habitaciones era una radio, Albert amaba la música.

Volvimos a la sala de estar y sin dejar de observar los cuadros de la pared me pregunté cómo logró tal fortuna.

—Albert.

—Dime.

—¿Cómo... logró todo esto?

—Pues... —Albert se paró a mi lado y fijó la mirada en el cuadro—. Hubo un horrible, horrible accidente —contó—. Una bomba explotó cerca de Peter y de mí, me dejó ciego por unos meses.

—¿Y Peter? —me atreví a preguntar.

—Peter perdió la mano derecha.

—¿Qué... sucedió luego?

—Ambos nos retiramos después de eso —respondió—. Yo había ahorrado mucho dinero. Lo iba a utilizar para hacer mi casa. Además, quería darle a Cailin y a mi primer hijo un mejor hogar —relató—. Pero con ayuda de mis padres construí un hotel.

—Usted... —Analice las palabras de Albert y divagué al tratar de captar el mensaje oculto.

—Me casé con una mujer llamada Cailin.

Albert se acercó a la chimenea y tomó la fotografía que había encima. Él me entregó la foto y con tranquilidad se fue a sentar al sofá. Miré la imagen con detenimiento. Albert parado al lado de una hermosa mujer y frente a ellos dos niños y una niña tomados de la mano.

Sin decir una palabra me aproximé al sofá y me senté al lado de Albert. Agarré la taza de café que el ama de llaves había traído para mí y bebí un poco antes de hablar.

—¿Quiere... hablarme de ella?



*Peter comenzó a ir a las reuniones de rehabilitación. Allí, Albert conoció a Cailin. Cailin era hija de una pastelera y un portero de hotel. Tenía el cabello castaño claro y rizado, y los ojos verdes como las hojas de un árbol en pleno verano. Tenía pecas en la nariz y labios rosados y finos.*

*El padre de Cailin también iba a rehabilitación, ella lo acompañaba así como Albert acompañaba a Peter. Cuando Cailin vio a Albert, no le quitó los ojos de encima. Al principio, él le preguntó con cierta timidez si ella venía a rehabilitación. Ella carcajeó con mucha dulzura y le respondió que estaba acompañando a su padre.*

*Se hicieron amigos rápidamente. Intercambiaban cartas y hablaban de muchas cosas, desde música y poesía hasta flores y animales. Albert hablaba mucho de Peter y de las aventuras que tenían juntos, y Cailin hablaba mucho de su madre y de los pasteles.*

*Luego de mucho tiempo de amistad, Cailin confesó que estaba enamorada de Albert. Él, en cambio, no sentía lo mismo, e intentó explicárselo de la mejor manera. Sin embargo, Cailin no lo entendió hasta que Peter interrumpió en la habitación con una chica y la mirada de Albert cambió por completo.*

*Albert debió contarle a Cailin el motivo de su gran tristeza, y ella sorprendentemente lo aceptó. Le dijo a Albert que a ella no le importaba, que ella estaría a su lado, que lo protegería*

*del dolor y que jamás lo abandonaría. Albert se convenció a si mismo que no tenía oportunidad con Peter. Aceptó los sentimientos de Cailin y unos meses después se casaron.*



—Entonces, ella lo sabía.

—Ella quería cambiarme, quería enamorarme. —Albert dejó escapar un suspiro lleno de cansancio—. Peter contrajo matrimonio con la chica que conocí aquel día, Caroline —contó—. Era una buena mujer, a decir verdad. Vaya sorpresa, ¿no crees? —Dejé escapar una risilla ante aquella broma—. La boda de Peter, una semana después del retiro... —Albert habló tan bajo que apenas lo escuché—. Esa fue la última vez que lo vi.

Me levanté con la fotografía de la familia de Albert en mano y me acerqué a la chimenea. La dejé en su lugar y aproveché la oportunidad para ver las demás fotos que había en la sala. Fotos de sus hijos, también de Cailin.

—¿Ves aquel cuadro? —Albert señaló un cuadro solitario en una de las esquinas de la sala.

—Sí —respondí.

—Lo hizo mi hija, Laura.

—Es muy bonito —comenté.

Caminé hasta el cuadro y lo observé mejor. Era un ramo de flores colorido y primaveral. Sonreí un poco e imaginé la fragancia de la estación. La muchacha tenía talento. Debajo del cuadro había una mesa auxiliar con varios adornos.

—Son recuerdos de mis últimas vacaciones —explicó Albert.

—Son muy... pequeñitos.

Albert carcajeó y yo me volteé a mirarlo. Noté en la sala, algo que no había notado antes. Muy alejado de todo, casi como si fuese un pedestal, había una mesa de madera, no muy alta ni muy baja, no muy oscura ni muy clara; una simple mesa de madera sobre la cual había dos fotos encuadradas con marcos plateados y añejos.

Con cierto miedo y respeto me dirigí a esa mesa. Tragué saliva y respiré hondo. Por dentro, y sin razón alguna, sentí como si estuviera a punto de ir a batallar a un dragón, o de visitar a mi madre. Junté valor y conduje mi mirada a las fotografías. En una foto estaba Albert y Cailin en el día de su boda, en la otra foto...

Tomé la otra foto y la observé por unos minutos. La sonrisa genuina de Albert causó que yo también sonriera. Ver a Albert tan joven me hizo pensar en todas las aventuras que él había tenido, todas sus alegrías, y todas sus penas. Y Peter, al fin conocí a Peter, o al menos el rostro de Peter. Peter sonreía al igual que Albert y tenía un destello en los ojos que jamás había visto en una persona. Ambos estaban uniformados, los dos se abrazaban por los hombros y se veían muy felices. Albert sonreía al estar al lado de la persona que amaba, sonreía por él; Peter sonreía al estar al lado de Albert, sonreía porque tenía un amigo tan fiel como Albert. De seguro se pelearon alguna que otra vez, no lo dudo, pero aun así... verlos tan unidos...

—¿Quién eres?

Me volteé asustada y noté que un hombre de cabello rubio y ojos tan claros como los de Albert estaba mirándome con desconfianza. Estaba vestido de traje azul y camisa blanca. De reojo vi el sofá vacío. Dejé la foto en el lugar y abrí la boca para responder.

—Hola —murmuré avergonzada.

Me sentí una idiota segundos después al darme cuenta que no había respondido la pregunta.

—Te pregunté algo —dijo mientras se acercaba a mí.

Por supuesto que él también se dio cuenta. ¡Bravo, Cara! Simplemente maravilloso.

—Sí, perdón —respondí nerviosa ante aquella postura intimidante. Aclaré la garganta—. Soy Cara, tu padre me invitó.

—Conoces a mi padre.

—Sí. —Sonreí un poco—. Nos conocimos en la cafetería...

La voz me tembló más de lo normal. Evité la mirada del hombre, pero no pude evitar notar aquella sonrisa.

—¿Y qué te hace pensar que eres bienvenida aquí?

Era una sonrisa de irritación y enojo.

—Paul, no seas maleducado. —Albert entró a la sala de estar y yo al fin respiré aliviada—. Cara, querida, no prestes atención a sus palabras, él no lo dijo en serio —me dijo—. Paul es un poco... sobreprotector.

—Si usted lo dice —murmuré.

Tímidamente me acerqué a Albert. Él me dio un apretón en el hombro y sonrió con amabilidad.

—Hijo, ella es Cara —me presentó—. Ella es escritora.

—Mucho gusto —traté de sonar amable y convincente.

—Igualmente —él ni siquiera sonó sincero.

—Disculpa por haberte dejado sola —dijo Albert—. Tenía que ir a... bueno, el baño.

Reí por lo bajo y le dije que no se preocupara. Los tres tomamos asiento, Albert se sentó en el sofá con su hijo y yo me ubiqué sola en el sillón más cercano. Inhalé profundamente por la nariz al sentir los ojos de Paul en mi cuello. Tragué saliva y desvié la mirada a la alfombra por unos segundos, luego observé los cuadros y miré a Albert. Él me sonrió y yo respondí con una pequeña mueca parecida a una sonrisa. De reojo divisé a Paul, y él seguía asesinándome con la mirada ¿Qué le ocurría?

—No te preocupes —murmuró Albert—. Él sólo quiere proteger a su anciano padre.

Sonreí un poco y agarré la taza ya vacía. Noté que era delicada como todas las cosas que nos rodeaban. Apreté los labios y le di varias vueltas a la taza para poder ver los detalles de las flores pintadas en el exterior.

—Vi una foto muy bonita de tú y tus hermanos —al fin hablé—. Se veían muy felices jugando en el jardín.

Miré a Paul a los ojos tratando de encontrar alguna respuesta, alguna conexión, ¡o un poco de piedad! ¡Paul! ¡Querido Paul! ¿Dónde quedó toda esa felicidad?

—Eres escritora. —Paul ignoró lo que había dicho y una vez más me sentí intimidada—. ¿Escribiste algún libro?

—A-A...

Respuesta, respuesta. Sí, bueno, no muchos, en realidad.

—¿Publicaste alguno?

—*Cartas de un desconocido a Dios* —mencionó Albert.

Nota mental: la palabra respuesta no es una respuesta, tan solo te hace pensar en una que suene lo bastante decente como para convencer a las personas que te interrogan policialmente en el sillón de la casa de tu amigo.

—También lo leíste —dijo Albert—, ¿recuerdas?

—¿Ese? —Paul arqueó una ceja, sorprendido—. Nada mal. —Sonreí disimuladamente—. Pero algo suicida.

Y la sonrisa se fue.

—¿Suicida? —cuestioné.

—Sí, cuando lo leí sentí que la persona que lo había escrito tenía muchos problemas.

—Los tenía, pero—

—Y el personaje principal —Paul me interrumpió—. Siempre tenía los mismos pensamientos, las mismas ideas, es como si siempre dijera lo mismo con diferentes palabras. —Paul se cruzó de brazos—. Ella siempre se quejaba de su vida y de su mala suerte, era una persona triste, muy, muy triste.

Paul se recostó en el sofá y me miró a los ojos esperando alguna respuesta. ¡Por supuesto que iba a responder! ¡¿Acaso él alguna vez escribió algo en su vida?! ¡Escribir es duro! ¡Es un arte!

¡Paul! ¡Paul!

—Por supuesto que el libro se trata de una persona triste —hablé malhumorada—. Pero una persona triste que se dio cuenta que estaba ocurriendo en su vida y que hizo algo para cambiar eso. —Dejé escapar aire por la nariz—. Ella tal vez no sea tan feliz como todos los demás. La sociedad la torturó con el arma más simple, la palabra. —Apreté los puños para no perder el control—. Las personas querían algo de ella, algo que ella no quería. Y se dio cuenta de ello y empezó a hacer su propio camino gracias a alguien que no era importante para nadie pero sí para ella.

—¿Quién? —preguntó Paul.

—Ella misma —respondí—. Tal vez era una persona triste, pero también era una persona valiente.

¡Escribir es como salir adelante! ¡Escribir es soñar, es amar, es odiar! Escribir es...

—¿Alguna vez intentaste escribir algo?

Saca las garras Cara, y araña el alma del malhechor, no olvides dejar la "C" en el medio para que recuerden que estarás allí asechando. ¡Temed! ¡Temed todos porque Cara...

—Y por esa razón adoro ese libro —Albert habló con claridad y me despertó de aquella ilusión—. El personaje me recuerda a mí.

—Albert...

—Sabes, después de... salir del closet, las personas empiezan a mirarte de manera diferente. Las personas que creíste conocer son las que más te sorprenden —comentó—. Te sientes solo, te sientes culpable e incluso sientes que no vales la pena. —Albert miró a Paul y suavizó la mirada—. Paul fue el único de mis niños que me aceptó, bueno...

Albert hizo una pequeña mueca con los labios y se encogió de hombros.

—¿Y Cailin? —pregunté.

—Cailin —repitió Albert—. Bueno, nos divorciamos hace un tiempo, pero seguimos en contacto —relató—. Cailin es una buena mujer, una buena amiga.

—Papá, estás hablando demasiado —advirtió Paul.

—Paul, confío en ella.

—Yo no.

—Pues, tú también deberías confiar en ella —aconsejó.

—No quiero causar problemas. —Estuve a punto de levantarme, pero Tony apareció desde la ventana y entró como si ya conociera la casa desde hace años—. ¡¿Tony?! ¡¿Cómo?!

Miré la ventana abierta sin poder creer que había ocurrido. Estaba muy segura que había dejado al gato en casa. Si, lo sacaba a pasear de vez en cuando, pero tomaba todas las precauciones, la correa de seguridad, comida por si se ponía hambriento, agua por si le daba sed, un juguete por si se aburría.

Tony se acercó a Paul sin vergüenza alguna. Gato innecesariamente ladrón y corajudo. Debería

aprender de él y tener más valor.

—¿"Tony"? —preguntó Paul.

—Lo siento —me disculpé—. No sé cómo llegó aquí.

Paul miró a Tony y me tensé pensando en cualquier posibilidad negativa. Sin embargo, Paul acarició al gato detrás de las orejas con tanta delicadeza que me hizo pensar que aquel hombre no era tan cascarrabias como parecía.

—Tengo que regresar al hotel —dijo Paul, luego se levantó del sofá y se acomodó el saco del traje—. Nos vemos más tarde.

—¿Vendrás a cenar? —Albert preguntó expectante.

—Sí. —Paul le dio un apretón suave en el hombro a su padre—. Adiós.

A mí me saludó con menos calidez y más desestimación. Sí, ¿sabes qué? A mí tampoco me agradas, Paul. Estúpida y gran mentira.

—Adiós. —Alcé la mano en el aire—. ¡Gusto en conocerte!

—Ajá.



## 4

### El hotel

*Cailin confesó su amor a Albert y prometió cuidarlo y protegerlo del dolor. Albert no quería aceptar aquella confesión al principio. Él no quería que Cailin se ilusionara con un futuro que tal vez ni siquiera llegaría a existir, no quería lastimarla con sentimientos vacíos. Albert la apreciaba mucho, la amaba, pero no de la forma que ella quería. Y si es aceptaba esos sentimientos, ¿Qué sucedería entonces? ¿Sería realmente lo correcto? ¿Qué tal si fallaba? ¿Y si no se convertía en un buen esposo? ¿Y si se arrepentía luego? ¿Por qué debía aceptar?*

*Albert tenía algo muy claro: Peter y él no podrían tener un futuro como pareja. Él sabía que eso jamás pasaría. La sociedad los juzgaría, sus familias no los aceptarían. Además, un futuro así arruinaría la reputación de Peter, eso era algo que Albert no toleraría. Y por sobre todo, era un amor no recíproco.*

*Albert y Peter hablaron muchas veces sobre formar una familia. Para Albert, Peter sería su única familia. A Albert le bastaba con tener a Peter a su lado. Pero Peter quería tener hijos, quería formar una familia con una linda chica y mudarse a un lugar tranquilo donde podrían vivir por el resto de sus días. Y los sueños de Peter siempre estaban por delante de los de Albert.*

*Albert no quería engañar a Cailin, así que fue honesto con ella y le habló de las inseguridades que tenía. Le dijo que no quería ilusionarla con una realidad tan quebradiza. Le dijo que su tristeza le daba ganas de salir corriendo, de huir de todo y de todos. Cailin le aseguró a Albert que nada de eso sucedería, le prometió que todo estaría bien si le permitía quedarse a su lado. Albert aceptó a Cailin, incluso si eso significaba asesinar un sentimiento tan puro.*

*Las dudas e inseguridades de Albert lo siguieron a través de los años. Albert y Cailin se casaron. Paul fue su primer hijo, nombrado así en honor al padre de Albert. Oliver nació cinco años después y Laura fue la siguiente, tres años después del nacimiento de Oliver.*

*Aquellos tres pequeños cambiaron la vida de Albert y causaron que aquellas dudas e inseguridades desaparecieran.*



—Paul se fue temprano a la oficina, no creo que vuelva hasta la noche —Albert tomó un sorbo de capuchino.

Una mañana más en la casa de Albert con un delicioso desayuno de calidad de hotel de cinco estrellas y con la presencia de Tony, quien, esta vez, había viajado conmigo en el autobús. Jamás supe como Tony llegó a casa de Albert la primera vez, pero para evitar problemas, o alguna catástrofe, había decidido que cada vez que visitara a Albert llevaría a Tony conmigo. La idea de perder a Tony me aterraba. Aún lo hace.

La razón por la que Albert y yo nos reuníamos a desayunar era la ausencia de Paul. Su hijo se iba al hotel temprano por la mañana y volvía por la tarde. ¿Recuerdan la habitación que

mencioné? ¿La habitación a la que tenía prohibido entrar? Esa era la habitación de Paul.

Si bien Paul había aceptado la sexualidad de Albert, era el mismísimo Albert quien no quería exponer sus más preciados recuerdos frente a él.

—Me odia —dije sobre Paul.

—Debes tenerle paciencia. —Albert sonrió—. Cuando era pequeño... Paul me recordaba mucho a Peter...

—¿Por qué?

—Porque Paul era un chico muy alegre y activo. Un... —Albert pensó por unos segundos en las palabras correctas— aventurero. Se arriesgaba a todo a pesar de tener miedo.

—¿Y qué le ocurrió?

—Se hizo cargo del hotel y se volvió serio y responsable —respondió con el ceño fruncido.

—No es necesario ser tan serio para ser responsable —comenté. Albert carcajeó y asintió—.

Al menos le agrada Tony.

Albert asintió de nuevo. En silencio seguimos desayunando.

—Albert, ¿puedo preguntarle algo?

—Claro.

—¿Alguna vez se enamoró de otro hombre? Es decir, ¿tuvo interés en otro hombre?

Albert miró la taza en silencio, dejó escapar una pequeña melodía desde la garganta y después de un largo suspiro habló.

—Enamorarme... no —Albert inclinó la cabeza—, pero...

—Está bien si no quiere decírmelo —balbuceé apresurada.

Albert me sonrió con sinceridad y melancolía.



*El hotel de Albert se hizo muy popular en poco tiempo debido a la buena atención y a la comida exquisita. El primo de Albert era el chef del lugar, Cailin preparaba los postres y atendía a las personas en el comedor, el hermano menor de Cailin era el portero que les daba la bienvenida a los huéspedes y el mayor era el botones que les ayudaba con las maletas. La prima de Cailin era la recepcionista que atendía las llamadas y tomaba las reservas. El hotel se convirtió en un exitoso negocio familiar y muy pronto Albert pudo contratar a más gente.*

*Un día, un hombre de cabello negro engominado y ojos celestes legó al hotel a hospedarse. La recepcionista registró al hombre en el hotel y el botones le llevó las maletas a la habitación. El hombre de ojos claros se dirigió al bar y pidió un trago, luego se sentó en la barra al lado de Albert. El hombre se presentó como Daniel, un gran empresario de España en busca de socios para expandir su negocio. Daniel tenía una fábrica textil y quería entrar en el negocio de la exportación.*

*Albert y Daniel hablaron por horas. A Albert le interesó mucho la cultura española. Daniel no dejó de halagar a Albert en toda la charla, lo felicitó por el hotel, por la vida que estaba construyendo y por la hermosa corbata de seda que llevaba puesta. Hubo pequeños roces involuntarios y algún que otro intercambio de halagos que insinuaban más allá de una charla amistosa. Hubo coqueteo indiscreto y bebidas de por medio.*

*Pero al final... al final del día ambos clavaron la mirada en la barra y dejaron escapar un bufido estremecedor. Daniel se levantó de la banqueta y apoyó la mano en la barra, Albert lo miró de reojo y dejó escapar una sonrisa llena de resignación. Daniel se despidió con una*

*simple mirada y Albert asintió apenado y levantó el vaso que tenía en la mano.*



—Tal vez no fue amor, o interés, pero fue la primera vez que hablé con alguien sin esconder lo que era...

—Quien eras, quien eres —le corregí a Albert.

Albert me miró y no dijo nada. Pude distinguir tristeza en aquellos ojos cristalinos.

—Me divertí, me sentí libre —admitió.

Albert siguió tomando el capuchino en silencio mientras yo redactaba lo que había escrito. Tony se asomó por debajo del sofá y maulló necesitado. Dejé la laptop arriba de la mesa de la sala y tomé al gato con cuidado. Tony se echó en mi regazo y ronroneó suavemente.

—Albert.

—Dime.

—¿Qué es eso?

Del otro lado, en el sillón donde me había sentado el día que había conocido a Paul, había una carpeta llena de folios y hojas sueltas.

—Oh no.

—¿Qué? —susurré asustada.

—Paul tiene una presentación hoy —indicó—. Esa es la presentación.

Albert señaló la carpeta con un movimiento tembloroso. Ambos nos miramos en silencio por unos segundos antes de reaccionar. Dejé de acariciar a Tony y recibí un maullido como respuesta.

—¿A qué hora era la presentación?

Albert entrecerró los ojos y miró el reloj de pared.

—Una.

—¿A la una?

—En una hora.

—¿Una hora?!

Albert asintió. Dejé a Tony en el piso y me quité el pelo de gato de las piernas. Tomé la carpeta y suspiré nerviosa.

—Se lo llevaré. —Levanté la carpeta en el aire—. ¿Dónde?

—El hotel.

—¡Muy bien! ¡Volveré! ¡Cuide a Tony!

Tomé un taxi y me dirigí a salvar el día. Llegué al hotel y por un momento olvidé la tarea a la que se me había encomendado. El hotel era tan precioso por dentro y por fuera que prácticamente me dejó sin aliento. El edificio era enorme, dos columnas adornaban la puerta cristalina que se abría automáticamente cuando un huésped se acercaba a ella. Y por dentro, el color burdeos inundaba la recepción. No era un burdeos fuerte y brillante, era más bien un color suave y acogedor. Me perdí en los detalles del hotel, los sillones de cuero, las vasijas con flores, los cuadros con pinturas de paisajes, las escaleras con barandas de roble y pasamanos dorados.

—¿Sí? ¿Buenos días? —la recepcionista habló en voz alta.

Desperté de aquel sueño diurno y volví a la realidad acompañada de un puñado de nervios.

—Yo... —Apreté la carpeta y miré a la recepcionista en busca de calma y tranquilidad—. Estoy buscando a Paul.

Recordé que debía respirar y dejé escapar todo el aire por la nariz. La recepcionista sonrió

con delicadeza y asintió con la cabeza.

—¿Tienes alguna cita? —La recepcionista miró la pantalla del monitor que tenía a un costado.

—No —negué—. Él se olvidó —levanté la carpeta a la altura de mi barbilla— esto.

Apreté los labios nerviosa e incliné la cabeza hacia la izquierda.

—¿Qué es eso? —preguntó ella.

—Su trabajo —respondí—. Digo, la presentación —me corregí—. Albert y yo estábamos desayunando y vimos que Paul se había olvidado la presentación.

—¿Albert? —repitió ella—. ¿El padre del jefe?

Yo asentí, ella sonrió divertida y asintió con la cabeza de nuevo. Luego tomó el teléfono y marcó un número. Habló con una persona por varios minutos y cuando cortó, me miró apenada.

—Paul se encuentra en la sala de reuniones y presentaciones —informó.

—¿Llegué tarde?

—No, recién empezó la reunión —dijo con cierta complicidad—. Por ese pasillo a la derecha —susurró e hizo un ademán con la cabeza hacia la derecha.

—¡Gracias!

—¡Buena suerte!

Corrí por el pasillo y me detuve frente a una puerta de vidrio. Observé a Paul a través de la puerta. Él lucía elegante, tenía un semblante serio y calculador. Se lo notaba lleno de confianza. Lo único que no encajaba en aquella escena era la mano temblorosa de Paul escondida detrás de la cintura. Siguió hablando por varios segundos hasta que se giró hacia el costado y me vio. Se calló repentinamente y me miró confundido e irritado. Se disculpó con los presentes y salió del salón caminando ligeramente.

—¿Qué haces aquí? —la voz de Paul salió como un látigo.

Avergonzada e intimidada levanté la carpeta a la altura de los hombros de Paul.

—Yo...

—Tú. —Paul suavizó la mirada, algo que me sorprendió gratamente—. ¿Cómo ingresaste?

—La recepcionista me dejó entrar.

—¿Cómo viniste al hotel?

De repente, la conversación se volvió un interrogatorio. Fantástico.

—¿En taxi? —La intimidación me redujo la confianza.

—Espérame en el bar —ordenó—. Te llevaré a casa luego.

—Puedo caminar —murmuré—. No te preocupes por ello.

Paul me miró sorprendido, luego volvió a tener la misma compostura de siempre y dejó escapar un suspiro lleno de cansancio.

—Espera en el bar.

Sin decir una palabra más, se metió en el salón y siguió con la reunión. Lentamente me alejé por el pasillo. Un agradecimiento de su parte hubiera sido muy satisfactorio, pero al parecer era difícil de obtener. Llegué a la recepción arrastrando los pies, la recepcionista me miró con cierta gracia y ternura y me preguntó cómo me fue.

—Bien, creo —respondí—. Es decir, ¡es Paul! —Me encogí de hombros y ella carcajeó—. Me acaba de ordenar que esperara en el bar.

—Está por allá. —La recepcionista se inclinó sobre el escritorio y señaló la puerta que daba a lo que parecía ser un espacio abierto—. En el restaurante.

—Gracias.

—De nada. —Ella sonrió ampliamente—. Y no te preocupes —dijo mientras yo me alejaba—, tu novio terminará pronto con la reunión.

Confundida fruncí el ceño y abrí la boca para aclarar la situación. Sin embargo, no dije una palabra y seguí caminando, no estaba de ánimos para darle explicaciones a nadie. Me senté en la barra y el cantinero me preguntó que iba a pedir.

—¿Agua? —respondí dudosa.

Escuché una pequeña carcajada detrás de mí. Avergonzada miré hacia atrás y me encontré con la mirada más suave y dulce que jamás había visto en mi vida. Si los ojos personificaran un lugar, aquellos representarían al jardín de Edén.

—¿Nueva en la ciudad? —bromeó aquella hermosa dama de mediana edad.

—Algo así.

Ella se sentó a mi lado y llamó al cantinero.

—Dos té helados con limón.

El cantinero asintió y se puso a trabajar. La mujer me miró con cierta dulzura y curiosidad. Y yo me acomodé en la banqueta. ¿Acaso era una prueba del Cielo? ¿Entraré?

—¿Estás hospedándote? —preguntó curiosa.

—No —respondí—. Estoy esperando a alguien.

—¿Un novio, tal vez?

—No —reí un poco avergonzada—. Paul se olvidó la carpeta en casa y se la traje porque él tenía una presentación importante. —El cantinero trajo los té y los dejó frente a nosotras—. Se enojó y me interrogó por alguna razón que desconozco y después me ordenó que lo esperara en el bar. —Suspiré resignada—. ¿Por qué en el bar? ¡¿A la mañana?! —Cuestioné y reboleé las manos en el aire—. Es decir, sé que me odia, pero... ¿Está tratando de embriagarme y tirarme a un río o algo así? No comprendo a ese hombre.

La mujer carcajeó y se cubrió la boca. Se secó las lágrimas de los ojos y luego tomó un sorbo de té. Me miró una vez más y yo aparté la mirada.

—¿A qué te dedicas? —preguntó.

—¿Soy escritora?

—¿Lo eres? —preguntó con una sonrisa divertida.

—¡S-Sí! —aseguré.

¡No me culpen! Aquellos ojos familiares estaban llegando a lo más profundo de mi alma, me hacían dudar tanto de todo que no sabía si estaba en un sueño muy bonito o si Paul me había asesinado y no me había dado cuenta.

—Estoy escribiendo una historia —comenté.

—¿Sobre qué?

—Sobre un amigo —respondí con orgullo y sinceridad.

Estaba orgullosa de ser amiga de Albert. Él había abierto su corazón y sus sentimientos hacia mí, me los había enseñado sin temor y me había demostrado el amor en su forma más pura. En cierta forma, sentía que era mi responsabilidad tomar aquellos sentimientos y plasmarlos en un libro, de mostrarle al mundo lo que significa amar.

—Lo aprecias mucho —comentó ella.

—Sí.

Miré a la mujer y sonreí con amabilidad, luego bajé la mirada y suspiré. Me pregunté por unos segundos si mi libro comunicaría de la misma manera como yo veía las cosas, si mis letras, mis palabras, mis frases y oraciones transmitirían los mismos sentimientos que yo sentía al oír la historia de Albert. No quería fallarle a Albert, no quería decepcionar a una persona tan extraordinaria como él.

—¿Y usted qué hace aquí? —pregunté—. Si me permite preguntar...

La mujer bebió un poco de té antes de contestar.

—Solía trabajar aquí —respondió.

—¿Ah sí?

—Sí. —Ella asintió—. Es un lugar maravilloso, ¿no crees?

—Lo es —concordé—. Es muy hermoso —murmuré.

—¿Y cómo conociste a Paul? —preguntó ella.

—Soy amiga de su padre —respondí con más confianza—. ¿Usted conoce a Paul?

—¿Qué si lo conozco? —La mujer sonrió—. Lo conozco muy bien —dijo—. Está haciendo un muy bien trabajo, ¿no crees?

—Sí —respondí y suspiré sin pensar.

—¿Qué sucede?

La mujer me miró preocupada y apoyó suavemente una mano sobre mi brazo. Me sentí culpable al preocupar a una completa extraña con mis dramáticos problemas telenovelescos. Pero que más daba, necesitaba desahogar las penas y aquella noble y afectuosa mujer parecía la perfecta psicóloga gratuita que te brinda la vida en raras ocasiones milagrosas.

—Es algo tonto —murmuré—. Pero tiendo a preocuparme cuando les caigo mal a las personas sin que me conozcan —comenté—. "Cuando sientas deseos de criticar a alguien, recuerda que no todo el mundo ha tenido las mismas oportunidades que tú tuviste" —citó a Fitzgerald y a su hermoso libro *El Gran Gatsby*—. Nadie tuvo las mismas oportunidades, ni las mismas experiencias. Y Paul...

—¿Paul?

—Paul es un poco gruñón —comenté. Tomé aire—. Pero, sé que es una buena persona por la forma en la que trata a Albert, a su padre —aclaré—. Lo cuida y lo protege mucho con tanta amabilidad y tanto amor que hace que hasta las mejores y más pagadas enfermeras parezcan niñeras adolescentes —expliqué—. Y solo lo vi una sola vez —mencioné—. Y no es que me desagraden las niñeras. No quise decir eso. Usted me entiende, ¿verdad? —La señora asintió con la cabeza. Yo continué—. Él me desprecia —dije—. No quiero lastimar a su padre; él y yo somos amigos y siempre lo seremos porque Albert significa mucho para mí. En cierta forma, Albert me abrió los ojos —indiqué. Tomé un poco de té para bajar los sentimientos atorados en la garganta—. No quiero que Paul me admire, pero me gustaría que me tratara como una persona y no como una amenaza... porque muy dentro de mí... sé que... podríamos ser amigos.

Me callé y miré a la mujer. Ella apretó los labios y me dio una palmadita en el brazo.

—Tienes un corazón muy bondadoso —me dijo—. Espero que Paul lo vea, él necesita a alguien como tú a su lado. Él ha sufrido mucho.

Noté que la mujer dejó de hablar por alguna razón y bajó la mirada al té. ¿Quién era esta mujer desconocida? ¿Cómo sabía eso?

—¿Cómo... sabe eso?

La señora me miró a los ojos y despegó los labios. Noté cierta melancolía en los ojos de aquella mujer, como si la historia que estaba por relatar había lastimado a muchas personas, Paul y ella incluidos.

—¡Terminé! —Paul me agarró del hombro repentinamente y me hizo pegar un pequeño salto en el lugar—. Perdona. ¿¡Mamá?!

Paul miró a la mujer que estaba sentada a mi lado y ella lo saludó con un pequeño ademán. Paul me soltó el hombro, arqueó una ceja y me miró esperando una explicación.

—Ah...

—Acabo de conocer a tu amiga —la mujer, quien había sido Cailin todo este tiempo, habló

entusiasmada—. Es encantadora, deberías invitarla a salir.

Sentí que todo el calor del cuerpo me subió a las mejillas y traté de mantener la compostura. Paul no respondió la sugerencia, ni siquiera cambió de expresión.

—¿Cómo has estado, querido?

—Bien, mamá —la voz de Paul salió algo apagada, pero aun así sonó amable y cálida.

—Me alegra escuchar eso. —Cailin tomó el té—. ¿Te vas a casa?

—Sí.

—Saluda a tu padre de mi parte.

—Lo haré.

Paul se acercó a Cailin y le dio un beso en la sien, luego me miró y sin decir una palabra caminó hacia el vestíbulo. Me levanté de la banqueta y tambaleé un poco antes de pararme con firmeza. ¡Qué gran equilibrio, compañera!

—Bueno —miré a Cailin y extendí la mano—, un placer.

—Igualmente. —Cailin me estrechó la mano sin precipitar—. Ahora vete, o te dejará atrás. —Asentí con la cabeza y retrocedí dos pasos—. Y querida —me llamó—. Él ama el chocolate.

No respondí, tan solo balbuceé y me fui. Caminé apresurada a la salida y me encontré con Paul. Él miró la hora en el reloj que llevaba en la muñeca izquierda y bufó impaciente. Me acerqué a él y con una pequeña sonrisa intenté transmitirle mis desesperadas ganas de no discutir y volver con Albert y Tony.

—Esa fue una grandiosa presentación. —Un hombre alto de cabello negro y ojos claros se acercó a nosotros—. Muy, muy hermosa —comentó sin dejar de mirarme con una sonrisa. Rápidamente extendió la mano—. Elijah.

—Cara.

Estuve a punto de tomar la mano de Elijah, pero Paul me detuvo a mitad de camino.

—Lo salvaste justo a tiempo —bromeó Elijah y bajó el brazo.

Sonreí un poco ante tan agradable sujeto, y dejé de sonreír al sentir un firme agarre en el brazo. Paul tiró de mí con tanta fuerza que casi me lo llevé por encima.

—Tenemos que irnos —dijo sin más—. Adiós, Elijah.

—Nos vemos, jefe —se despidió Elijah—. Nos vemos, Cara.

—A-Adiós.

Apenas pude saludar de manera apropiada. Paul siguió tirándome del brazo hasta que subimos al auto. El hijo mayor de Albert puso en marcha el auto y sin decir una palabra salió a la calle. Condujo en silencio por varios minutos y se vio más relajado una vez que nos alejamos unas seis cuadras del hotel.

—¿Paul? —lo llamé.

—No deberías haber venido —dijo en voz baja.

—¡Solamente quería ayudar! —respondí.

—Lo sé —Paul alzó la voz—. Yo... lo sé —habló más bajo.

Por primera vez vi un semblante de culpabilidad en el rostro de Paul. Él no quiso levantar la voz, pero por algún motivo lo hizo, por algún motivo él no aprobó mi aparición en el hotel, por algún motivo él no me quería cerca ni de Albert ni de nadie.

—Lo siento —susurré y miré por la ventanilla del auto.

—No es tu culpa —dijo segundos más tarde—. Es mi culpa, yo olvidé los papeles. —Negó con la cabeza—. Es mi culpa que tuvieras que venir aquí.

—Entonces, ¿por qué sigues sonando como si fuera mi culpa?

El impulso venció a la cobardía y las palabras salieron de mi boca abruptamente y sin censura.

—Yo, yo... —Paul se acomodó el cabello con una mano—. No hiciste nada malo, la única persona que falló fui yo. —Miró hacia los costados y luego aceleró para cruzar la calle—. Yo y el narcisista de Elijah.

—¿Elijah?

—Es un idiota —respondió—. Solo... no te acerques a él, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Miré a Paul de reojo, pero no pude descifrar lo que pensaba, así que volví a fijar la mirada en la ventana y en silencio dejé escapar decenas de ideas de conversación.



## Pantalones puestos

*El primer beso de Albert fue a los trece años. Besó a una chica frente a un gran número de personas. No fue por amor, ni por gusto, ni por una apuesta, tampoco por una broma. Albert tuvo su primer beso frente a un grupo de alumnos, padres y maestros en la obra de Romeo y Julieta. Nunca le dijo a nadie que aquel había sido su primer beso porque para él no tuvo sentido. Aquel beso fue vacío, falso. Aquel beso no comunicaba ningún sentimiento. Aquel beso no se sintió ni bien ni mal. Aquel beso tan solo se volvió un recuerdo más en un capítulo viejo en el cual el protagonismo se lo llevaba la obra.*

*Una obra en la que los personajes representaron algo más que una tragedia para Albert. Para él, Romeo y Julieta representaron todo lo que él no se animaba a hacer, luchar por amor, arriesgarse a pesar de lo que la sociedad, la familia y los amigos pensarán. Pelear, y pelear, y pelear, incluso si el resultado era la muerte. Porque al fin y al cabo el amor que existía entre ellos era lo que más importaba.*

*Fue difícil sentir algo en los besos, no solo en el de la obra, también en los besos que siguieron. No fue tan difícil, en realidad. Pero sí fue difícil que aquellos besos fueran más fuertes y más sentidos que un abrazo amistoso de Peter. Los abrazos de Peter no tenían comparación alguna, le ganaban a todo en cuanto a amor y dolor. Eran cálidos y desgarradores, eran agrídulces, llenos de una ilusión traicionera generada por la propia mente de Albert.*

*El último abrazo que se habían dado hace mucho tiempo atrás fue longevo y silencioso. Ambos supieron aquella vez que era un hasta luego cuyo vencimiento era inexacto. Albert siempre se preguntó si a Peter le afectó la despedida tanto como a él...*



Cuando llegamos a casa de Albert, notamos que algo malo había sucedido. La ambulancia en la entrada y el auto negro estacionado detrás nos dieron los primeros indicios de una tragedia.

—¿Qué está ocurriendo? —murmuró Paul.

Él estaba tan sorprendido como yo. Paul bajó del auto y corrió a la casa, entró apresurado y dejó la puerta entreabierta.

—Albert...

Bajé del auto, seguí los pasos de Paul y entré a la casa. Cerré la puerta detrás de mí y observé los alrededores. El silencio me dio la bienvenida y el aroma a desinfectante me indicó que camino debía tomar. No tendré una buena vista, pero al menos un gran olfato. Subí las escaleras y me topé con el ama de llaves y el doctor hablando en el pasillo. El ama de llaves me vio e hizo un ademán con la cabeza. El médico se volteó y se acercó a mí.

—¿Cara?

—Sí.

—Soy Juan Keirsha, el médico de Albert —se presentó.

—Mucho gusto.

La puerta del dormitorio de Albert se abrió y Tony salió trotando ligeramente de allí. El gato se paró frente a mí y maulló. Me agaché y lo alcé, luego miré al médico con cierta expectativa. Quería saber que había ocurrido, si Albert se encontraba bien.

—¿Sigues aquí? —Paul emergió de la habitación.

—¿Qué sucedió? —pregunté con debilidad.

—Baja de presión —respondió Paul—. Vamos. —Me tomó por los hombros y me volteó—. Te acompaño.

—Pero...

De reojo miré al doctor, quien parecía estar guardándose algo. Paul me apoyó una mano en la espalda y apresurado me llevó a la puerta principal.

—¿Puedo verlo? —pregunté una vez que nos detuvimos.

—No —respondió con seriedad—. De hecho —retrocedió un paso—, sería mejor que no volvieras.

—¿Qué? ¿Por qué?

Paul ni siquiera se despidió, tan solo me cerró la puerta en la cara y me dejó con una sensación agria y angustiante. Tony maulló y me tocó el rostro con una de las patas delanteras.

—Lo sé —murmuré.

Me senté a un costado de la puerta y esperé. Esperé, esperé y esperé. Con miedo, con angustia, con una curiosidad presente, indeseada y culpable. Keirsha salió al fin, se despidió del ama de llaves y se alejó de la puerta. Me notó gracias al maullido de Tony, se acercó y sacó las llaves del bolsillo.

—¿Albert está bien? —pregunté en el suelo. Keirsha apretó sutilmente las llaves del auto—. No fue una baja de presión, ¿verdad?

—¿Tienes tiempo para un café? Yo invito.



*La madre de Albert falleció de cáncer de vesícula dos días antes del nacimiento de Paul. El nacimiento de Paul fue una semana antes de lo esperado porque Cailin había sufrido un gran estrés debido a la situación de su suegra. Albert no tuvo ni lugar ni tiempo para la pena y el dolor. Tenía una esposa, un padre y un hijo recién nacido a quienes debía cuidar y proteger. Tenía un hotel que terminar y sacar adelante, cuentas que pagar, bocas que alimentar. Tenía responsabilidades, obligaciones. Se puso una mochila cuyo peso fue aumentando silenciosamente.*

*Fue una época de mucha depresión oculta. Depresión que intentó apaciguar de dos maneras fallidas. La primera, llamando al número que supuestamente pertenecía a su mejor amigo. La segunda, enviando una carta a la residencia donde supuestamente su mejor amigo vivía. Necesitaba a su amigo, lo necesitaba más que nunca.*

*Laurel Silverman descubrió a su pequeño Albert de seis años frente al espejo probándose un labial rosa. Con una voz suave y cariñosa, Laurel le dijo a su hijo que sus labios se veían muy bonitos, pero que debía limpiarse antes de que su padre volviera del trabajo y lo viera así. El inocente Albert preguntó por qué, y su madre respondió "porque las personas no lo entenderían". Laurel y Albert compartieron muchas tardes de té. Laurel defendió muchas veces a Albert cuando su esposo Paul cuestionaba sus acciones. Ella sabía que su hijo era amable,*

*sensible, y por sobre todo una gran persona. Y Albert lo sabía. Él sabía que ella sabía. Desde aquel día del accidente con el labial. Y aun así ella lo amó incondicionalmente.*

*La llamada jamás fue atendida y la carta jamás fue respondida. Albert esperó en silencio como un tonto. Internamente ansioso y desesperado esperó. Albert no perdió las esperanzas ni un solo día. Pero tampoco se estancó. Porque gracias a una pequeña luz llamada Paul mejoró poco a poco y se olvidó paulatinamente del dolor que le causó la ausencia de la persona a la que siempre había considerado la más importante en su vida.*

*Aquellas manitas pequeñas, aquellos ojos claros y tranquilos. Paul se volvió la persona más importante de Albert.*



—Albert me habló sobre ti; dijo que eras una gran persona.

—Gracias.

El doctor y yo nos sentamos en la banca de una plaza a beber café en compañía de Tony, a quien no se le permitió la entrada a la cafetería y por quién tuvimos que pedir para llevar el café.

—Entonces —murmuré.

—Él... —Keirsha tomó aire y después tomó un solo trago del café—. Albert está muy enfermo —reveló—. Tiene cáncer de vesícula.

—¿Desde cuándo...?

—Fue diagnosticado seis meses atrás —respondió.

—¿Y la cura? Quiero decir... ¡el tratamiento! ¡P-porque escuché que con tratamientos puede curarse!

—Ya estaba en una etapa muy avanzada cuando lo descubrieron —contó con cierto respeto—. El oncólogo y yo le dijimos que podía alargar un poco su vida con quimioterapia, pero él decidió que ya había vivido suficiente y... —Keirsha sonrió un poco—. Bueno, optó disfrutar de su último tiempo en este mundo.

Entendí por qué tantos viajes y excursiones. Entendí por qué tantas compras, tantos regalos y tantas cosas que encajaban con su generosidad. Entendí por qué tantas cosas lujosas que no encajaban tanto con su personalidad simple y no materialista.

—¿Cuánto tiempo...?

—Un mes —respondió—. Un mes y medio tal vez. —El doctor suspiró—. En este momento él los necesita, los necesita más que nunca —dijo—. Pero... Albert es un anciano, y, como todo anciano, es muy terco —comentó—. Solo Esperanza, el ama de llaves, sabe de la situación —indicó—. Ni sus hijos saben que él está enfermo.

—¿No les contó? —pregunté.

—No.

No me sorprendía a decir verdad. Albert era una persona a la que no le gustaba molestar a los demás. Y él, anciano, como dijo el doctor, de seguro creía que tan solo iba a causar molestias al contar que estaba enfermo.

Aun así tenía ganas de gritarle con todas mis fuerzas. Si hubiera sabido antes, lo habría acompañado mejor, le habría ofrecido mi ayuda. Quería gritarle, pero entendía su punto. No quería ser una carga, jamás quiso serlo en su vida, ¿por qué cambiaría eso ahora?

—Por eso quería hablar contigo —Keirsha me despertó de aquel razonamiento interno—. Albert dijo que eras una gran persona, eres su amiga, tal vez tú puedas convencerlo de hablar con

sus hijos. —El los ojos de Juan vi una chispa de esperanza—. Así él tendría la posibilidad de hacer las paces con sus otros dos hijos y podría irse en paz...

—N-no entiendo —balbuceé—. ¿Por qué crees que lo convencería? Sí, soy su amiga, pero...

—Hoy dijo algo mientras le deba medicina para el dolor. Dijo que tú sabes...

—¿Yo? ¿Qué cosa?

—Dijo que sabes... de lo único que tal vez se arrepienta.

No respondí, tan solo bajé la vista al suelo. Juan Keirsha se levantó de la banca con un vaso descartable vacío.

—Habla con él, habla con Paul.

El doctor se despidió y me dejó sola con mi amado gato. Tomé a Tony y volví a casa caminando. Dejé al felino libre en el suelo, me descalcé y me senté en el sofá. No me moví de allí. Estuve sentada por horas en el mismo lugar pensando en lo que debía hacer. Era la decisión de Albert hablar o no sobre su enfermedad. Pero era muy egoísta no contárselo a su familia, a sus hijos y a su exesposa al menos. Entendía su punto, el de no causar molestia. Sin embargo, no era una molestia desde mi punto. Y sabía que tampoco lo sería desde el punto de vista de Paul. Naces, creces, enfermas, a veces te curas, a veces no, sigues creciendo, envejeces y mueres. Es el ciclo de la vida.

Albert no quería contarlo. ¡Pero su doctor me lo había contado! ¡Arriesgó aquella confidencialidad entre médico y paciente porque sabía que lo mejor para Albert era la compañía y la calidez de la familia!

Albert me había confiado sus secretos al igual que lo había hecho con Keirsha sobre su enfermedad. Sin embargo, no era lo mismo. Yo cambiaría los nombres al final, tomaría el borrador, lo pasaría en limpio y escribiría una historia extraordinaria llena de sentimientos. Su otro secreto, en cambio, dejaría un solo sentimiento, uno para nada agradable.

Empatía e inseguridad, siempre las llevaré conmigo.

Tomé una decisión esa noche. Intenté dormir, pero no pude. No pegué un ojo en toda la noche y durante la madrugada hice más viajes al baño de lo que jamás había hecho en mi corta vida. Y eso que sé de viajes al baño. Todo gracias al estrés universitario.

A la mañana me levanté de la cama, me cambié, me cepillé los dientes, me cubrí las ojeras, me peiné, besé a Tony en la frente, le rogué que se comportara y salí de casa con él en brazos. Tomé un taxi y me dirigí a la mansión Silverman. Me escabullí por la entrada, me escondí entre las plantas y le pedí al jardinero que no le anuncie a nadie mi arribo. Esperé hasta que Paul se fuera a trabajar y una vez que esto ocurrió llamé a la puerta.

El ama de llaves me atendió, me dejó pasar y me dijo que Albert seguía en cama. Me acompañó hasta la puerta de la habitación y antes de que entrara me pidió en un murmullo que lo hiciera entrar en razón.

—¡Cara! —Albert me saludó animado—. Y el pequeño Tony.

—Hola —respondí con menos entusiasmo de lo esperado—. ¿Cómo te sientes?

—Mucho mejor —respondió—. ¿Vienes por más historias? —preguntó—. No veo tu computadora.

—No, esta vez no traje la laptop —indiqué—. Vine ver como estabas.

—Oh, que amable —comentó él.

—Y a hablar sobre otra cosa.

No supe si fue mi voz, mi actitud, o mi mirada, pero algo me delató. Albert comprendió de inmediato sobre qué estaba hablando.

—Cara —su tonalidad cambió completamente—. No —me advirtió con esa sola palabra.

—¿No qué?

—No empieces, por favor —murmuró—. Estoy cansado que Juan me lo diga... ¿Ahora tú?

—¿Y qué pretendes hacer? —cuestioné—. ¿Esconderte para siempre en la cama?

—No para siempre —dijo.

—Sabes a lo que me refiero —hablé ya más segura—. Albert, ellos tienen derecho a saberlo.

—Es mi vida.

—Tu vida, pero sigues pensando en tu muerte —resalté—. Todo lo que haces es esconderte detrás de los viajes, los regalos, estás despidiéndote, considerando tu muerte y no disfrutando tu vida con las personas que te aman. —Él no respondió—. Cuando tu madre murió, ¿acaso no te arrepentiste de algo?

—Yo...

—Dijiste... dijiste que hubieras querido pasar más tiempo con ella —le recordé—. ¿Qué crees que dirá Paul? —Albert bajó la mirada—. Él te ama... tanto que hasta me corrió de la casa ayer.

—Eso fue mi culpa —confesó—. Le dije que había charlado sobre algo que me cayó mal y... se enfadó contigo por eso.

—Eso lo explica —susurré para mí misma—. Albert —lo llamé—, va a sonar un poco tonto, pero... hazlo por él —le pedí—, para que él no sienta ese arrepentimiento luego.

—Tengo miedo —Albert habló con voz quebradiza—. No-no me animo a decirle.

—¿Quieres que se lo diga yo?

Albert asintió con la cabeza segundos después. No dijo nada, tan solo asintió. Me coloqué la armadura de valor y juré internamente cumplir con mi tarea. Abracé a Albert, le dije que descansara y me despedí de él. Salí del dormitorio y con cuidado cerré la puerta.

La armadura de valor se convirtió en latón en menos de un segundo cuando Paul gritó mi nombre desde la otra punta del pasillo. Un furioso Paul se abalanzó hacia mí como un caballero medieval cuya lanza se había transformado en una mirada punzante. Sin quedarme atrás respondí con la misma velocidad. La armadura volvió a brillar.

—¿Qué crees que haces aquí? —preguntó—. Mi padre se descompuso ayer por tu culpa y ahora vienes como si nada a—le cubrí la boca a Paul con la mano.

Paul me miró incrédulo y frunció el ceño.

—Tu padre está descansando, así que calla y camina.

—Mrraw.

## 6

### ¿Qué podría salir mal?

Aquel día aprendí varias cosas de Paul. Ante una gran cantidad de estrés él fumaba un cigarro. También maldecía, y mucho; se pasaba las manos por la cabeza una y otra vez y se tomaba el cabello con tanta fuerza que los pelos le quedaban parados; se callaba de a momentos y cerraba los ojos, fruncía el ceño como si estuviera aguantando un grito; dejaba escapar bufidos sonoros cuando no sabía que decir; movía la pierna derecha de manera inquieta, pero dejaba la pierna izquierda quieta como si estuviera sedada; se colocaba el dedo pulgar en la boca como si fuera a morderse la uña, pero no lo hacía.

—Fumar hace mal —comenté.

—¿Quién eres? ¿Mi madre?

Oh, sí. Y respondía de muy mal humor.

—Paul.

—Solo —Paul levantó la mano en el aire para detenerme—. Solo déjame por un segundo —dijo con los ojos cerrados.

Había llevado a Paul a la cocina y le había contado todo a Paul. Con todo me refería a todo, desde el cáncer hasta el libro, que incluía a Peter. Por los gestos entendí que Paul estaba tratando de comprender la situación lo mejor posible.

—Es mucho, lo sé —intenté sonar afable y serena—. Albert, él sigue siendo tu padre, él que te crio, te educó y te amó con todo su corazón.

—Sí, eso lo sé —respondió Paul—. Es que no entiendo. —Afligido se tomó la cabeza con ambas manos—. ¿Por qué no me lo contó?

Paul alzó el rostro y me miró sin quitarse las manos de los costados. Apreté los labios al verlo tan lleno de angustia y confusión.

—Porque tenía miedo —respondí en voz baja—. Tiene miedo —me corregí—. Así que... cuando vayas a verlo, no te enfades con él, deja que él te lo explique —apunté—. Y si él no te explica tanto como lo deseas, no le exijas nada, tampoco lo presiones. —Intenté sonreírle con amabilidad—. Tal vez no hoy, pero estoy segura que él se abrirá contigo muy pronto si le demuestras que no estás enfadado.

—No estoy enfadado —respondió—. Lo estoy, un poco —admitió—. Pero estoy más preocupado que enfadado.

Paul se levantó de la silla y se quitó el saco del traje. Se aflojó la corbata y se detuvo a medio camino de sacársela. Bufó sonoramente e intentó acomodarse la corbata, pero se detuvo una vez más y la prenda de vestir quedó floja y desacomodada.

—Espérame afuera —ordenó.

—¿Qué? —pregunté.

—D-de la habitación —balbuceó—. ¿Me... me esperarías? —Paul evitó el contacto visual.

—Claro. —Asentí con la cabeza. Dejé a Tony sobre la mesa de la cocina, me aproximé a él y le arreglé la corbata con cuidado—. Y deberías llevar la corbata —le aconsejé—, o Albert notará que algo no está bien.

Levanté la mirada para encontrarme con la suya y cuando lo hice, no me sentí tan intimidada

como la primera vez. Le di una palmada en el hombro a Paul y me alejé de él. Tomé a mi gato una vez más, caminé hacia la puerta y esperé a Paul, quien se puso en marcha segundos después. A paso lento nos acercamos al dormitorio de Albert.

—Espera. —Detuve a Paul antes de que ingresara a la habitación—. Tu cabello —indiqué.

Alcé la mano izquierda hasta la altura de su cabeza. Estuve a punto de tocarle el cabello, pero él me tomó por el antebrazo con suavidad y no me dejó hacerlo.

—Yo-yo puedo —murmuró.

Asentí con la cabeza y bajé el brazo. Observé como él se acomodó el cabello por sí mismo y sonreí un poco sin despegar los labios. Noté que estaba nervioso así que sin dejar de mirarlo a los ojos respiré hondo. Él me imitó e inhaló profundamente.

—De acuerdo —fue lo último que dijo antes de entrar al cuarto.

Me senté en el suelo al lado de la puerta y me recosté a la pared. Tony se sentó a mi lado. Por un momento no escuché nada. El silencio dominó tanto dentro como fuera de la habitación.

Más tarde escuché la voz de Paul y supuse que se había enfadado. Poco a poco el ambiente se tranquilizó. Me abracé las piernas instintivamente cuando escuché unos sollozos. Apoyé la frente sobre las rodillas y cerré los ojos con fuerza al escuchar a Albert decir que tenía miedo a pesar de que su muerte era inevitable. Empecé a llorar silenciosamente al oír que Paul le prometió estar a su lado pase lo que pase porque eran familia.

Tony maulló por lo bajo, como si hubiera querido murmurar algo. Me tocó la mano con la pata delantera y aprovechó la oportunidad para meterse entre mis brazos cuando levanté el rostro para verlo. Abracé a Tony y volví a esconder el rostro para que nadie me viera llorar.

No supe cuánto tiempo pasó, ni cuando dejé de llorar. Desperté de aquel transe porque sentí que alguien me había tomado de la mano. Despegué la frente de las rodillas y alcé la vista. Me encontré con Paul a mi lado. Él tenía los ojos rojizos al igual que la nariz. Ni siquiera me miraba, tan solo me acariciaba el dorso de la mano con el dedo pulgar.

—Yo le recomendé tu libro —confesó—. Fue hace unos meses, él parecía distraído y... muy triste —relató—, y sin saber cómo animarlo tomé uno de mis libros favoritos y se lo regalé. — Paul al fin me miró—. Lamento lo que dije antes.

—Está bien —murmuré—. Es tu padre —justifiqué—, entiendo que quieras protegerlo. El mundo es cruel —bromeé. Paul sonrió un poco—. ¿Cómo está?

—Bien, se acaba de dormir —respondió—. Esperaste mucho.

—¿En serio? —No lo había notado. Tal vez por la preocupación, o por los malos recuerdos, pero no había notado el pasar de las horas—. Bueno, dije que esperaría, ¿no?

—Sí. —Paul se levantó del suelo y extendió la mano—. Vamos, te llevaré a casa.

Paul me llevó a casa. En el camino, él habló tímidamente sobre el clima, el tránsito pesado nocturno en el centro de la ciudad, los árboles, la contaminación... Poco a poco, hablando con gentileza y prestando atención a las respuestas, intentó hacer las paces conmigo.

Tony comenzó a maullar una y otra vez, inquieto. Intentaba decirme algo.

—¿Tu gato está bien? —preguntó mientras estacionaba el auto frente al edificio.

—Sí, solo esta hambriento.

—¿Por qué se llama Tony?

—Pues... Anthony Hopkins —respondí—. Hannibal —agregué. Paul sonrió sutilmente—. Encontré a Tony al lado del contenedor de basura —conté mientras acariciaba a Tony con suavidad—. Era flacucho, muy, muy pequeñito. Se estaba mordiendo su propia cola —recordé—. No eran pulgas, solo tenía hambre. —Abrí la puerta del auto y salí—. Gracias por traerme. Si quieres que te firme el libro tan solo dilo —bromeé.

—Lo pensaré —dijo con gracia.

Cerré la puerta y me alejé del auto con Tony en brazos y sin mirar atrás. Entré al edificio y subí el ascensor. Cuando entré a casa y encendí las luces, Tony dio un salto hacia el medio de la sala.

—¡Mi pobre Tony! —exclamé—. Tienes mucha hambre, ¿verdad? —Tony maulló de nuevo—. Sí, debes tener hambre —canturreé.

Me aproximé a la despensa, saqué la bolsa y con un vaso de plástico junté un poco de alimento. Puse el alimento en el plato de Tony y lo vi correr hacia mí. Sonreí un poco al ver cómo empezó a comer animadamente. Sonreí aún más cuando se detuvo para maullar una vez y luego continuó alimentándose.

—¿Delicioso? —pregunté.

Tony siempre maullaba en medio de la comida, como si quisiera decir que estaba rico, o si estuviera agradecido por la comida. Me coloqué de cuclillas y acaricié a Tony.

—Provecho.

Me paré y guardé el vaso en la despensa al lado de la bolsa. Me lavé las manos y comencé a preparar la cena. Mientras lo hacía, me di cuenta que solo estábamos Tony y yo en el departamento, como antes. Y por alguna razón ese pensamiento se sintió muy bien. Noté que no dependía de Benjamín, que no dependía de nadie. Recordé el primer día de mi súbita independencia y una agridulce melancolía me erizó la piel.

Pasé por alto la redacción y fui directo a la cama. Soñé con Albert, con el momento en el que lo escuché decir que no quería morir. Desperté agitada y bañada en sudor, recibí un maullido de preocupación por parte de Tony y lo acaricié después de que él saltara a la cama. Luego de tranquilizar al gato y me duché para calmarme a mí misma. Salí de la ducha, me cambié y me senté en la cama a secarme el cabello con la toalla. Me pregunté si el libro era suficiente para hacer el paso de Albert más liviano y llegué a una conclusión. La respuesta a la pregunta me guio a una alocada idea.

—¡Tony! —grité—. ¡Nos vamos de paseo!

—¡Mmrraww!

Tomé un taxi hasta el hotel. Ingresé al majestuoso lugar y con mucha seguridad caminé hasta la recepción. Me paré frente al escritorio y la maravillosa recepcionista me despedazó la confianza con su belleza deslumbrante.

—A-am...

—Hola, ¿buscas a Paul? —preguntó.

—Hola, sí.

—Le avisaré que estás aquí —indicó con amabilidad, después tomó el teléfono.

—No, em... —Traté de frenarla—. Dile que no es necesario que baje —pedí—. Solamente dile que me llame cuando esté libre.

—Con el jefe. Jefe, su novia está aquí —ella habló sin quitarme los ojos de encima—. La de la otra vez —dijo con obviedad—, la que trajo la carpeta. Dijo que no es necesario que baje, solo— la recepcionista calló repentinamente—. Sí, sí. —Cortó—. Dijo que lo esperes —me comunicó.

—Pero... ¿el bar? —pregunté resignada.

—No, aquí. —Ella señaló el sillón que estaba a unos metros—. En la recepción.

—Oh, gracias.

Asentí con la cabeza y apunté al sillón. Me senté y coloqué a Tony en mi regazo. En menos de cinco minutos Paul apareció en la recepción y se acercó caminando ágilmente con sus piernas largas.

—Tú —me dijo—. Lo sabía —murmuró—. ¿Por qué creen que eres mi novia?



—No lo sé —respondí. Ambos miramos a la recepcionista—. Iba a contradecirla, pero tiene carácter —expliqué—. Dios se apiade de quien la haga enojar —comenté.

—¿Has comido algo? —preguntó Paul. Confundida lo miré—. ¿Quieres ir a almorzar? — Señalé a Tony con el dedo—. No te preocupes por él. Ven. —Paul hizo un ademán con la mano y retrocedió un paso—. ¿Qué esperas?

Me levanté del sillón y lo seguí cuando él se puso en marcha una vez más. Nos sentamos en el restaurante y Paul pidió la carta. Luego de que ordenáramos, Paul sacó el teléfono celular del bolsillo, le quitó el sonido y lo dejó a un lado en la mesa.

—Entonces —indagó.

—Sí —murmuré y dejé a Tony en el suelo—. No era necesario que nos viéramos inmediatamente —indiqué—. Solo quería hablar contigo sobre una idea... —Callé al ver que la camarera trajo un plato lleno de atún—. ¿Es fresco? —le pregunté a la mujer—¿O enlatado?

—Enlatado.

—¿Lo lavó?

—¿Lavó? —Paul habló con curiosidad.

—Al atún enlatado hay que dejarlo reposar al menos media hora en agua tibia —expliqué—. Así perderá el exceso de sal. Si no se hace eso... puede ser perjudicial para Tony, para los gatos.

—Es solo un gato —respondió la camarera.

—Silvia —Paul habló un poco enfadado—. Lava el atún, por favor.

Aquellas palabras educadas salieron como un látigo. Una orden de un jefe.

—Sí.

La mujer asintió y se llevó el plato de nuevo. Tony se subió a mi regazo, se echó y cerró los ojos. Lo acaricié con cariño y dejé escapar un suspiro.

—¿Por qué es tan importante para ti? —preguntó Paul.

Fue una pregunta genuina y sincera, como si en verdad quisiera entender mi amor por Tony. Despegué los ojos de mi gato y observé a Paul. Él me miró hasta que otra camarera llegó con una botella de agua.

—Siempre que estás con él, cambias —comentó mientras servía agua para ambos. Era la primera vez que alguien describía un detalle de mí—. Quieres protegerlo de todo, y de todos.

Paul alzó la mirada y sus ojos cruzaron con los míos. Él dejó la botella sobre la mesa y sujetó el vaso. Bebió un poco y en silencio esperó mi respuesta.

—Una semana después de independizarme, me mudé al departamento más barato que encontré —relaté—, me mantuve con las regalías de mi primer libro y trabajando en una cafetería cercana al departamento. —Miré a Tony—. Comencé a hacer mi vida, sí, pero... se sentía realmente solitario —hablé en voz baja—. Un día volví del trabajo y vi a Tony al lado del contenedor de basura. Él estaba tan solo como yo —comenté—. Él se convirtió en mi compañía y yo en la suya.

Paul dejó el vaso sobre la mesa y no dijo una palabra por varios segundos. Se lamió los labios y frunció el ceño antes de hablar.

—¿Y tu familia?

—Es una larga historia —respondí—. Y hoy vine a hablar sobre Albert, no sobre mí. —Rocé a Tony con la yema de los dedos y miré hacia un costado—. Vaya —murmuré al notar algo—, todos están mirándonos.

—No es normal que almuerce con alguien —dijo él—. Menos con una chica.

Paul lanzó una mirada fugaz y casi mortal a sus empleados y ellos se pusieron en movimiento. Sonreí un poco al ver con cuán torpeza volvieron a sus tareas.

—¿Por qué quieres hablar de mi padre?

—Él le dijo al doctor que había solo una cosa de la que se arrepentía —respondí— y que yo lo sabía.

—¿Y qué es?

—Es... —Tragué saliva—. Peter, el muchacho al que siempre amó, el del libro.

—El...

—Lo siento —me disculpé en seguida al ver que Paul cambió a una expresión inquieta y muy difícil de leer—. No debí decírtelo... Tú, tienes tus problemas y yo... —Estuve a punto de levantarme cuando la camarera trajo los platos y el atún de Tony—. Lo siento, creo que no voy a poder almorzar...

—Espera —Paul me tomó del brazo—, tranquila. No... —Me soltó y esperó a que la camarera se alejara—. No hiciste nada malo... —Paul bufó y se pasó la mano por el cabello—. Es... complicado —declaró—. Pero... es mi padre.

—Jamás he visto a Laura o a tu hermano menor...

—Porque ellos no aceptaron a papá —respondió—. Ellos... se alejaron, Laura "necesitaba tiempo para procesarlo" y Oliver dijo lo mismo, pero...

—¿Pero...? —Paul apretó los puños—. En fin —cambié de tema al ver que había tocado un nervio—, creo que su arrepentimiento es no poder haber hablado con él, o haber aclarado las cosas, o al menos haberlo visto una vez más.

—¿Qué quieres decir?

—No estoy pidiendo tu ayuda ni nada por el estilo —avisé—. Solo quería informarte y saber si estabas de acuerdo con lo que planeaba hacer. —Paul me miró atento—. Voy a buscar a Peter, quiero que él y tu padre se vean una vez más.

—De acuerdo.

—¿Sí? —pregunté. Paul asintió con la cabeza—. De acuerdo, de acuerdo.

Interrumpimos este libro para comunicarles que a partir de este momento la ruta de la historia acaba de cambiar.

## Nos volvemos a encontrar

Pasaron dos semanas desde la conversación que tuve con Paul. Durante esos días, busqué información sobre Peter Smith, me encontré con que varias personas compartían el mismo nombre. Comencé a descartar a los más jóvenes y dejé una lista de los más viejos. No sabía la edad de Peter, tampoco conocía la edad de Albert. Pero estaba segura que ambos tenían más de sesenta años. Además, tenía un distintivo exacto y triste que podía indicarme cuál era mi hombre.

Investigué con todas mis libertades y limitaciones. Me sumergí en internet y leí las guías de teléfonos. No dejé de visitar a Albert, tampoco mencioné nada sobre mi plan. Temía ilusionarlo y luego herirlo con una posible mala noticia.

A veces le preguntaba alguna que otra cosa sobre Peter, detalles que tal vez me podrían ayudar a encontrarlo e identificarlo. Sin embargo, las memorias de Albert hablaban de un Peter joven, iba a ser difícil encajar aquel perfil con un anciano. Las personas cambian.

Cada tanto me comunicaba con Paul por medio de mensajes de texto. Eran conversaciones breves y contundentes que terminaban en "Si sabes algo, avísame". Y un día, decidimos que era hora de encontrarnos y de ponernos al día.

Lo invité a la cafetería donde había trabajado hace tiempo. Llegué quince minutos antes y me senté en mi mesa favorita; la mesa a un rincón de la habitación donde se podía ver la calle a través de la ventana más cercana. Él arribó a la hora señalada, saludó con un ademán y se sentó frente a mí.

La camarera tomó las órdenes, dos tazas de chocolate caliente, y el silencio se apoderó del escenario cuando ella se marchó. Sentía como si hubieran pasado años, pero tan solo habían pasado dos semanas. Nerviosa miré por la ventana, me lamí los labios y respiré hondo por la nariz.

—¿Y cómo has estado? —pregunté con una amable sonrisa en los labios.

—Bien —respondió—. ¿Y tú?

—Oh, bien. Estuve investigando un poco, pero eso ya lo sabías —dije nerviosa—. Visité a tu padre durante estos días, pero seguro eso también lo sabías —agregué—. Y... estuve trabajando con mi editor sobre el libro.

—¿Y Tony?

—Le robó los cigarros a la vecina de al lado —conté—. Él está bien —resumí.

—Pues, hablando de cigarros —dijo—, estoy intentando dejar de fumar.

—Oh, eso es bueno.

—Sí, creo que la enfermedad de mi padre me traumó —murmuró.

—Es una enfermedad que causa tanto dolor como miedo —opiné.

—¿Has tenido algún familiar...?

—Mi abuelo —respondí—. Yo era muy joven, pero... recuerdo como poco a poco fue derrotado... —Me di cuenta de lo que dije y abrí los ojos como plato—. ¡Lo siento!

—Está bien. —Paul miró hacia un costado y bajó los brazos de la mesa al ver que la camarera venía con las bebidas—. Gracias —dijo una vez que la chica dejó las tazas—. ¿Y cómo va la búsqueda? —preguntó.

—Pues... —Lo observé beber un poco de chocolate—. Busqué en internet sobre Peter Smith —comencé— y encontré a un Peter Smith que vive en Inglaterra.

—Aja.

—Tiene siete años y está a punto de terminar la secundaria, luego de graduarse estudiará medicina.

—Creo que no es el que buscas.

—Creo que no.

Paul al fin sonrió. Me alivió ver que se relajó y se dejó llevar por la broma. Bebí la mitad del chocolate y me lamí los labios para no desperdiciar nada.

—Encontré otro Peter Smith —dije—. Setenta y seis años, fallecido.

—¿Era él?

—No, éste hombre tenía ambas manos —respondí—. ¿Qué edad tiene Albert?

—Sesenta y tres.

—Oh, entonces debería buscar a un Peter de sesenta y tres años ya que él y tu padre fueron juntos a la escuela.

—Oh... —Paul tomó un sorbo de café—. ¿Qué hay de las manos?

—Peter perdió una mano en un accidente, tú padre había quedado ciego por un tiempo —relaté.

—Ese accidente —susurró Paul.

—¿Te lo contó?

—Sí, estuvo ciego por un mes —contó—. Fue antes de la construcción del hotel, y fue cuando mi madre estaba embarazada.

—Oh.

—Mi padre tuvo el accidente antes de saber de mí. Él me dijo en ese entonces ellos alquilaban una pequeña casa y que a él no le importaba vivir así —recordó—. Pero después de recuperar la visión notó que mi madre había cambiado y ella no tuvo más remedio que contarle. —Paul dejó escapar una risilla—. Mi madre tenía una enorme barriga —comentó—, por supuesto que había cambiado.

—Albert me dijo que había ahorrado mucho dinero en ese entonces —revelé—. Dijo que quería construir una casa, un mejor hogar para ti y tu madre.

—Y lo hizo —garantizó—. Al principio vivimos en una pequeña casa al lado del hotel, era pequeña, pero era bonita, y nuestra —murmuró—. Y tuvimos mucha suerte —agregó— porque el hotel fue un gran éxito.

—Habrás vivido muchas cosas en ese hotel —imaginé.

—Sí —afirmó. Bebió un poco de chocolate y dejó que el silencio nos consumiera por cinco segundos—. El libro... ¿se trata de ti?

Sabía a qué libro se refería. El libro que él le había recomendado a Albert, el que fue un gran éxito e incluso fue traducido en varios idiomas, el que provocó que mi madre volviera a hablarme como antes y el que me llevó a creer en mí misma por unos instantes. Quería contarle el secreto de aquel libro, quería decirle la verdad, pero si lo hacía... no aguantaría las lágrimas.

—Sí —respondí simplemente.

—Pasaste por momentos duros.

—Lo hice —dije sin más.

Paul entendió la indirecta y no preguntó más. Adivinen, ¿quién tiene la coraza más grande?

—Debería marcharme —hablé al ver que él no lo haría—. Tengo que revisar un Peter más —indiqué.

—¿Quieres que te lleve?

—No, gracias —respondí con una brusca amabilidad—. Vive cerca —mentí—, estaré bien.

—¿Segura?

—Sí. —Saqué la cartera de la mochila—. Te avisaré si es él.

—Deja, yo pago.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—De acuerdo. —Guardé la cartera y me levanté de la silla—. Nos vemos.

—Sí, adiós.

Me marché de allí como si nada, con una estúpida sonrisa en el rostro y una mirada vacía. Y por supuesto que me sentí culpable, siempre lo hacía. Caminé por dos horas hasta llegar al barrio donde Peter Smith vivía. Me acerqué a la residencia y llamé a la puerta. Un hombre de la edad de Paul atendió y cuando le pregunté sobre Peter respondió que era él. Me disculpé y le dije que me había equivocado porque estaba buscando a un Peter anciano. Le pregunté si no conocía a alguien con su nombre y con esas características. Él se disculpó al no conocerlo. Nos despedimos y él me deseó buena suerte en mi búsqueda.

Volví a casa y taché al último Peter Smith de la lista. Descarté la guía de teléfonos y me alejé de internet. Alimenté a Tony, me salté la cena y fui directo a la cama. Recibí la visita del rescatista de malos momentos Tony instantes después de recostarme. Él definitivamente percibía mis sentimientos. Y dormí. Dormí como lo hacía antes, dormí sin expectativas de levantarme temprano al día siguiente, dormí hasta tarde para evadir al mundo y a la realidad, dormí para evitar a las personas que me rodeaban, dormí.

Desperté a la mañana siguiente, noté que aún era temprano y volví a cerrar los ojos. Ignoré el teléfono, las llamadas, los mensajes. Quedé en cama hasta que un estruendo causó que saltara de la cama. Salí de la habitación y busqué a Tony. Él estaba bien, el bullicio no había provenido del gato. Pero el gato señaló con la mirada de dónde había venido el ruido. La puerta sonó una vez más.

—¡Cara! —Paul gritó detrás de la puerta y golpeó una vez más.

—¿Qué rayos? —Caminé hasta la puerta y la abrí—. ¿Qué ocurre?

No solo estaba Paul, también se encontraba Benjamín. Miré a ambos y traté de unir las piezas, pero no pude.

—¿Estás bien? —Paul me tomó por los hombros.

—Sí, ¿qué...? —Miré a ambos.

—No respondías mis llamadas. —Noté la agitación en Paul—. Tampoco respondiste al timbre.

—Estaba durmiendo —expliqué.

—¡Idiota! ¡Responde cuando te llamo!

—¿Qué hace él aquí? —pregunté y apunté a Benjamín con el dedo índice.

—El me dejó entrar —respondió Paul—. Dijo que te conocía.

—Sí —divagué un poco al hablar—. Debo... ponerme pantalones —murmuré al notar que estaba en pijamas.

—Sí, hazlo —dijo Paul—. Yo esperaré aquí.

—Haré café. —Benjamín entró al departamento—. Así nos despertamos todos...

Fui a cambiarme sin decir una palabra más. Me puse un pantalón deportivo negro y caminé a la puerta. Estuve a punto de salir cuando de repente escuché a Benjamín y a Paul hablar.

—¿Cómo se conocen? —preguntó Paul.

—Somos amigos —respondió Benjamín—. Éramos.

—¿Qué sucedió?

—Lo arruiné.

Desde lejos vi una sonrisa que jamás había visto en Benjamín. Esa sonrisa expresaba culpabilidad, una emoción que él no acostumbraba a sentir a menudo.

—¿Y tú? —preguntó Benjamín.

—Es amiga de mi padre —contó Paul.

—¿El anciano de cabello blanco y ojos celestes?

—¿Lo conoces?

—Lo vi una vez en el edificio. Parece una persona muy astuta.

—Lo es.

Salí del dormitorio y me acerqué a ellos. Me senté en una silla y me acomodé el cabello.

—¿Estás bien? —preguntó Paul.

—Sí, solo tenía sueño —respondí.

—¿Estuviste trabajando en un libro hasta tarde? —preguntó Benjamín.

—Sí —mentí.

—Ya veo.

—Necesitaba hablar contigo —dijo Paul.

—Yo también —habló Benjamín.

Yo no, pensé. Benjamín dejó las tazas de café sobre la mesa y se sentó frente a mí. Se levantó abruptamente y se marchó a la cocina, volvió rápidamente con tres posavasos y los ubicó debajo de las tazas. Casi sonreí al ver que seguía teniendo sus manías.

—Quería disculparme —Benjamín comenzó—. Fui un idiota.

—Lo eres —corregí.

—Lo soy.

Paul nos miró intrigado, pero comprendió todo al ver que yo no quería explicar la situación. Benjamín sonrió apenado y sin quitarme los ojos de encima. Yo asentí con la cabeza y bebí un trago del café.

—Lo dejaste entrar —indagué.

—Sí, nos encontramos en la puerta del edificio, preguntó por ti —relató Benjamín.

Le di otro sorbo al café.

—Haces un buen café —comenté—. Te perdono.

—¿Sólo por eso? —Allí estaba de nuevo la naturaleza coqueta de mi vecino.

—Sí —respondí.

—Ahora que hicieron las pases podrías dejarnos solos —Paul habló con cierta actitud preponderante.

—No —respondió Benjamín—. Primero, terminaré mi café. Después lavaré las tazas porque esta desalineada siempre se toma tiempo para lavarlos y las tazas se manchan.

—¿Desalineada? Acabo de levantarme —dije enfadada.

—Bueno, podrías haberte tomado algo de tiempo para arreglarte en el baño, ¿no crees?

—¿Sabes qué? —Señalé a Benjamín—. Solo bebe el café —ordené—. ¿Sobre qué querías hablar, Paul?

El flamantísimo dueño del hotel miró al extravagante vecino del noveno piso con desconfianza y dejó escapar el aire por la nariz para indicar que no le gustaba nada su presencia. Paul observó la taza de café y la rechazó sin siquiera probar un trago.

—Es sobre Albert —Paul habló formalmente, como si no quisiera dar pistas del tema.

—¿Está bien? —pregunté.

—Sí, creo... —De nuevo miró a Benjamín de reojo—. Creo que encontré a Peter.

—¿En serio? —pregunté animada.

—Sí.

—¿Quién es Peter? —preguntó Benjamín.

—No te incumbe —respondió Paul.

—Es una larga historia —dije—. ¿Cómo lo hiciste? —pregunté a Paul.

—Le pregunté a algunos contactos —respondió.

—¿Y dónde está?

—Ese es el problema —murmuró.

—Está... ¿muerto? —La desilusión me bañó el rostro—. ¿Llegamos tarde?

—No —Paul trató de tranquilizarme—, no está muerto. —El hijo de Albert se inclinó un poco hacia mí—. ¿Conoces el delta que está al este de la ciudad?

—Sí.

—Él vive en una de las islas.

—Entonces, ¿hay que ir...?

—Sí.

—¿Estás seguro que es él?

—Hay que averiguarlo.

Paul suspiró al igual que yo. A Albert no le quedaba mucho tiempo, así que debíamos apresurarnos y cometer la menor cantidad de errores posibles. Errores... bueno, no eran errores.

—¿Qué dices? —preguntó Paul.

—De acuerdo.

—De acuerdo —repitió Paul—. Llamaré al del barco para confirmar el viaje.

Paul se levantó de la silla y se alejó de nosotros. Caminó hasta la ventana y sacó el celular. Empezó a hablar con alguien y a jugar con la cortina.

—Parece que ya lo tenía planeado —dijo Benjamín.

—Sí —coincidí.

—Este Albert... es muy importante, ¿verdad?

—Él está muriendo —murmuré—. Peter era su mejor amigo, necesita despedirse de él para poder irse en paz.

—Todos necesitamos a nuestros mejores amigos —comentó Benjamín—, yo incluso. —Intercambiamos miradas—. ¿Crees que podemos...?

—¿Te refieres a...?

—Sí.

—No —respondí—. Definitivamente no.

—Eso pensé —Benjamín rió—. Entonces, amigos.

—Sí.

—Vaya —dijo mientras se recostaba a la silla.

—¿Qué?

—Nada. —Negó con la cabeza—. Solo me di cuenta de todo lo que acabo de perderme.

Benjamín fijo sus ojos en los míos y mostró una expresión serena. Apreté los labios e hice una mueca de pena.

—¿Cuidarías a Tony? —pregunté—. Será solo por unas horas, volveré en cuanto pueda.

—Claro —respondió—. Además, me encantaría limpiar este lugar —comentó con su carácter natural—. ¿Lo has limpiado alguna vez durante mi ausencia?

—¿Qué crees? —bromeé.

—Si nos vamos ahora llegaremos al puerto en una hora y media —Paul nos interrumpió.

—Muy bien. —Me levanté de la silla—. La llave extra está en el segundo cajón a la derecha —dije a Benjamín.

—Sí, señora. —Benjamín me guiñó—. No te preocupes por nada, Tony y yo cuidaremos la casa. ¿Verdad, amigo? —Tony maulló y se acercó a la despensa—. Yo lo alimento.

Benjamín se paró apresuradamente y corrió a la despensa. Sonreí un poco al tener la sensación de que todo estaba tomando su curso. Me cambié y me arreglé lo más rápido posible. Me despedí de Tony y de mi nuevamente amigo y me marché con Paul.



## 8

### El pasado

—Así que tú y Benjamín —Paul habló sin quitar la mirada de la ruta.

—Nada pasó. Él y yo éramos amigos al principio, comenzó a gustarme, él salió con la chica equivocada, yo confesé mis sentimientos de una manera... poco elegante, y él me rompió el corazón ignorándome por completo y evitando la situación —relaté—. En fin, ahora estamos bien. Amigos de nuevo.

—¿Solo amigos?

—Sí.

—Bien. —Miré a Paul confundida—. No deberías salir con él.

—¿Con quién debería? —pregunté en broma. Paul no respondió, tan solo apretó el volante—. Oh... dices que... —Miré por la ventanilla del auto—. Bueno, pues...

—Está bien. No tienes que...

—No, está bien —respondí—. Es solo que... alguien como tú...

—¿Cómo yo?

—Sí, responsable, guapo, decidido, con millones de cualidades —señalé—. Y yo que... bueno... —Hice un ademán—. Sin lentes estoy casi ciega, no hablemos de mi completa falta de ejercicio o de mi torpeza, o de mi incondicional amor por un gato, o de mi excelencia para exagerar las cosas.

—Eres muy buena en eso —comentó Paul. Lo miré y él sonrió sin separar los labios—. Al fin, el puerto.

Bajé del auto y esperé a Paul. Él estacionó en un lugar seguro y luego me buscó. Al verlo venir hacia mí noté que no llevaba puesto un traje como siempre. Tenía jeans, zapatillas, una camisa blanca con las mangas dobladas hasta por arriba del codo. Se veía realmente normal y para nada intimidante.

Subimos al barco, nos colocamos chalecos salvavidas y emprendimos viaje. Me senté frente a la cabina, recosté la espalda sobre ésta y contemplé la belleza de la naturaleza. Paul se unió minutos después y se sentó a mi lado.

—¿Le tienes miedo al agua?

Las palabras de Paul me sacaron de transe. Gracias a sus palabras noté que estaba sujeta al chaleco con ambas manos. Intenté relajarme un poco y solté el chaleco, flexioné las piernas y apoyé los brazos encima.

—Algo así —respondí.

—¿Sabes nadar?

—Sabía.

—¿Sabías? —Paul frunció el ceño, confundido—. No creía que uno podía olvidarse de cómo se nada.

—Yo... —Dejé de prestarle atención a la naturaleza—. Cuando tenía ocho años —dejé de prestarle atención a todo—, mi familia y yo nos fuimos de vacaciones, y... —Fijé la vista en mis brazos—. Nos encontramos con una familia amiga, así que compartimos casi todos los días de vacaciones con ellos —narré—. Un día fuimos a unas termas, ya sabes ese complejo con piletas

de agua caliente. —Hice un ademán con las manos. Paul asintió—. Por seguridad siempre me metía en la misma pileta que mi madre —conté—. Ese día me quedé en las escaleras ya que no llegaba a tocar el fondo, creí... creí ver algo flotando en el agua. No, definitivamente vi algo, pero no distinguí que era y cuando intenté acercarme para ver mejor resbalé de la escalera y me hundí.

—¿Qué sucedió? —Paul preguntó con sumo cuidado.

—Pataleé, moví los brazos con todas mis fuerzas hasta que al fin pude salir a la superficie —respondí—. Llamé a mi madre, le grité a pesar de que ella estaba a menos de dos metros de distancia, pero... —sonreí enojada— ella estaba hablando con su amiga. —Me mordí el labio al sentir impotencia—. Ella se volteó, me miró como si fuera la cosa más molesta del mundo y volvió a prestarle atención a su amiga. —Miré a Paul—. Volví a hundirme, y de la misma manera que salí a la superficie llegué a las escaleras.

—¿Y tu padre?

—Mi padre estaba con los hombres —respondí y desvié la mirada a un costado—. Como si fuera algo malo ser mujer... y niña —murmuré—. Sé que al resbalarme me asusté y olvidé como se nadaba, también sé que por la ignorancia de mi madre yo no pude nadar más, pero no logro superarlo. —Volví a sonreír con enfado y resoplé por la nariz—. ¿Sabes qué fue lo irónico? Que al día siguiente un niño cayó a la pileta, mi madre gritó desesperada y mi padre no dudó en tirarse a salvarlo. Ellos siempre estuvieron para los demás, pero no para sus propios hijos.

—Bueno, no sé si te sirve de consuelo, pero sé nadar, y si algo ocurre, estaré allí para rescatarte.

Me volteé a observarlo, sonreí con sinceridad y contuve las lágrimas. Por al menos diez minutos, el único sonido consistente fue el del motor del barco. Nadie dijo una palabra. Bueno, ninguno de los tres habló. Solo estábamos Paul, yo y el capitán el barco. Por al menos diez minutos, Paul calló para respetar mis recuerdos y mis sentimientos.

—En serio lamento lo que dije del libro —Paul se disculpó una vez más—. Ese estado de desesperación... yo lo viví —confesó—, lo sentí en el libro, y lo superé.

—Me alegro que te haya servido —murmuré.

Me maldije a mí misma al percibir un gran vacío en mis palabras. Rogué por que no se diera cuenta. Miré hacia un costado, intenté actuar como si estuviera interesada en la vegetación.

—¿Te... ofendí?

Definitivamente lo había notado.

—Es una farsa —dije en voz baja.

—¿Qué?

—Por un momento fue real —hablé un poco más alto—, por un momento fue como en el libro. —Acerqué más las piernas al pecho—. Mi vida estaba llena de mentiras, mis padres me habían criado a través del miedo y del "qué dirán", me mentían para que mi comportamiento se habituara a sus reglas —revelé—. En la universidad tuve un poco más de independencia —dije con algo de positividad—. Vivía sola en un departamento, pero todavía dependía de mis padres para pagar la renta y la comida.

—Como todo estudiante —comentó Paul.

—Sí. —Asentí con la cabeza—. Poco después de comenzar la universidad me di cuenta que no me gustaba la carrera que había escogido, así que decidí contárselo a mis padres y hacerles saber que probaría otra carrera al año siguiente.

—¿Qué estudiabas?

—Economía.

—¿A qué carrera cambiaste?

—A ninguna —respondí—. Cuando hablé con ellos, me dijeron que no podía hacer eso.

—¿Por qué te diría algo como eso?

—Porque una persona que dejó una carrera se vería mal ante los demás, es una mancha para ellos.

—Es estúpido.

—Lo sé. —Me acomodé el cabello—. Cuando le dije a mi madre que quería ser escritora, se rio como si fuera una broma —agregué—. "No ganarás dinero con eso" —citó—. Pasaron años, el estrés empezó a consumirme y mis padres me pedían resultados que yo no podía darles. —Tomé aire—. Durante todo ese tiempo escribí cartas a Dios porque siempre que me estresaba decía "Dios..." y como se dice que no hay que utilizar su nombre en vano... —Hice un ademán con las manos—. Envié la historia a la primera editorial que encontré en internet y al día siguiente recibí un llamado de quien es mi actual editor.

—Vaya.

—Sí. —Asentí—. Tomé valor, llamé a mi madre y le dije que dejaría de estudiar —dije sin dejar de mirar hacia el frente—. Ella dijo que no me mantendría, le dije bien por mí. —Volteé hacia Paul y él sonrió—. Me mudé al departamento más barato de todos los que había averiguado, me mantuve por un tiempo con lo que me había pagado del libro, las regalías y trabajando en una cafetería que quedaba cerca del departamento. Escribí... muchísimo y cuando tuve un poco más de éxito dejé de trabajar en la cafetería.

—¿Qué hay de tus padres?

—Bueno... a papá no le importó, mamá me dejó de hablar —admití—. Yo le mandaba mensajes, intentaba llamarla, pero respondía secamente y jamás tenía tiempo para mí. —Me rasqué la mejilla—. Bueno, eso hasta que mi libro se convirtió en un *bestseller*. Después del gran éxito me convertí en una de sus personas favoritas. Pero durante todo mi proceso de independencia... nadie me acompañó —murmuré—. Tony llegó como un rayo de luz a mi vida. Es tonto, lo sé, pero le debo mucho a ese gato.

—No es tonto —aseguró Paul.

—En fin —hablé en un suspiro—, dije que era una farsa porque por un momento me sentí feliz, tan feliz que hasta me independicé. Pero no mucho tiempo después de esa felicidad me sentí destrozada. A veces me siento así —reconocí.

—¿Ayer te sentiste así?

—Sí.

Me abrí con Paul. Fue la primera y única persona con la que hablé sobre aquellas experiencias y aquellos eventos que marcaron mi vida. Albert, Paul, Benjamín, Margaret, Esperanza, Peter, de seguro todos teníamos nuestras historias.

—Llamé a Laura anoche —Paul habló en voz baja—, le conté sobre mi padre... nuestro padre.

—¿Y cómo lo tomó?

—Tranquila —respondió—. Me dijo que lo visitaría hoy.

—Eso es bueno, ¿verdad?

—Sí.

—No suenas convencido.

—No, sí —se contradijo.

Paul bufó sonoramente y se acomodó el cabello hacia atrás con la mano derecha. Aproveché el silencio para observarlo, para entenderlo. Noté como el cabello de Paul se mecía con el viento, como las cejas apenas se veían bajo la luz del sol. Distinguí una mirada triste, culposa.

—¿Temes por cómo actuará Laura?

—Ella siempre cuestionó a mi padre por sus acciones, lo critica sin medidas aun sabiendo que él es un pobre anciano —manifestó—. Copió a Oliver toda su vida y Oliver...

—¿Era el niño travieso?

—El rencoroso —respondió—. "Papá siempre cuidó de ti, mamá de Laura, nadie se interesó por mí".

—Suena como el típico niño del medio —murmuré.

—Lo sé. —Paul asintió con la cabeza—. Siempre nos hemos preocupado por él —contó—. Pero tal vez no lo suficiente para que lo sintiera...

—Tal vez...

—Aun así... no debería haberse enojado con papá de tal manera —comentó—. Ni haberle dicho... esas cosas. —Paul aclaró la garganta—. Oliver se enfadó y se marchó, Laura hizo lo mismo solo por costumbre.

—Lo visitará al menos —intenté alegrar un poco a Paul con palabras optimistas—. Tal vez sea una buena oportunidad para arreglar las cosas.

—Puede ser.

—¿Crees que... Oliver también pueda hacer las paces con tu padre?

—No después de la pelea...

—¿Fue muy dura la pelea entre Albert y Oliver?

—No, no entre ellos. —Paul suspiró abatido—. Entre nosotros —aclaró—. Cuando papá nos contó su... secreto, él se levantó furioso del sofá y se marchó sin decir una palabra —narró—. Yo lo seguí, lo detuve después de cruzar la puerta y le pedí que no se fuera —continuó—. Pero él me dijo "¿Por qué debería quedarme a escuchar esa idiotez? ¡Es asqueroso!" —citó—. "¿Cómo puedes estar tan tranquilo?" —agregó—. Yo también estaba pasando por un momento difícil, no solo lo de mi padre... —Paul se sentó erguido, como si no quisiera desviarse del tema—. "Es nuestro padre" le respondí a mi hermano. —Paul apretó los puños—. "Es un marica...". —Ninguno de los dos habló por algunos segundos—. Le di un puñetazo en la cara, él respondió del mismo modo, el jardinero nos terminó separando.

—Lo lamento.

—Tanta modernidad hoy en día, tantas personas con la mente abierta, y mi hermano no es una de ellas —comentó.

—Cuando era pequeña quería aprender karate —cambié de tema. Paul me miró intrigado—. Quería ser un héroe, y miraba demasiados dibujos animados. —Paul sonrió un poco ante la última parte—. Mamá se negó, por supuesto —conté—, pero me dio la chance de aprender a bailar... —recordé—. A mi edad todas las niñas iban a ballet o a gimnasia rítmica —dije con cierto disgusto infantil—. Y yo no quise, así que no aprendí ni karate ni ballet. No sé bailar ni pelear, pero sé escribir, creo.

Paul sonrió un poco más y relajó los hombros.

—Sí, algo así.

—Hubiera sido bonito aprender ballet, ahora que lo pienso.

—¿Lo crees?

—Aprender algo siempre es bonito, pero...

—¿Qué sucede?

—Es la sensación de elección la que más nos satisface. —Sentí como una gran ola golpeó el barco—. Quería hacer algo que yo misma había elegido.

—Creo que entiendo —dijo él.

—¿No te irrita cuando alguien te roba la independencia de elección? —pregunté.

—¿Cómo? —Paul me miró curioso.

—Cuando por ejemplo estás jugando a las cartas y sabes que con el siete puedes sacar ventaja, pero tu compañero te dice "utiliza el siete" y cuando lo haces la otra persona te dice "ves, te lo dije".

—Oh, sí —dijo con pesar—. Y aunque haya sido tu idea terminas haciéndolo de mala gana porque tu independencia de elección ya no está.

—Exacto.

—Es irritante —comentó.

—Lo es. —Sonreí—. Creo que eso me pasaba a mí —indicé—. Lo noté un poco tarde.

—Laura es de esas personas, controladoras y cuestionadoras.

—Déjame adivinar, si a ella no le gusta... no se hace.

—Adivinaste.

—Cada familia es un mundo —manifesté.

En algún momento de nuestra grata conversación me adormecí. Tal vez fue el ruido de las olas, o el balanceo del barco, o una combinación de ambas. Dormí hasta que el barco tocó puerto en la isla donde Peter vivía.

Paul me despertó y me ayudó a bajar del barco, luego le dijo al capitán que esperase hasta que volviéramos y que no tardáramos mucho. Sin alejarnos uno del otro, sin soltarnos las manos, emprendimos la gran aventura. Paul fue quien se encargó de hablar con los lugareños y de preguntar sobre Peter. Pidió indicaciones y direcciones hasta que al fin una persona nos pudo decir quién era y dónde se encontraba Peter Smith.

No dirigimos a una casa alejada y rodeada por árboles pequeños y llenos de lianas. Cuando llegamos, notamos que un anciano estaba sentado en una mecedora de madera en el porche de la casa. El anciano llevaba puesta una camisa de mangas largas marrón clara. El puño de la manga derecha acababa plano y solitario.

—¿Es él? —pregunté—. ¡Oh! —Tambaleé al meter el pie en un pozo oculto entre la hierba, solté a Paul y levanté los brazos en el aire para mantener el balance—. Hay trampas.

¿Trampas? ¿En serio, Cara? ¿Qué sigue? ¿Una habitación secreta?

Paul me ayudó a sacar el pie del agujero y después se adelantó. Lo seguí en silencio, copié sus pasos al ver como disimuladamente él estudiaba el suelo para asegurarse que no hubiera más obstáculos en el camino. Me detuve a su lado al llegar al porche, levanté la mirada hacia adelante y analicé en silencio al hombre frente a nosotros.

—Hola, disculpe —Paul habló y alzó la mano derecha en el aire—. Que tal.

—¿Se perdieron? —preguntó el hombre.

—No, no —respondió Paul—. ¿Es usted Peter Smith?

—Sí, lo soy. —Peter entrecerró los ojos—. ¿Te conozco?

Noté aquellos ojos verdes, tal y como Albert los había descrito. Me perdí en los pensamientos y convertí las voces en ecos. Ojos verdes, ausencia de la mano derecha, con un poco más de arrugas. La adrenalina comenzó a desencadenar mi repelente ansiedad. Reaccioné cuando escuché el nombre de Albert.

—¿Albert? —Peter habló confundido.

—Sí, soy su hijo.

—Albert... —Peter se rozó la barbilla con la yema de los dedos.

—¿No lo recuerda?

Noté un temblor en la voz de Paul. Él tenía miedo al igual que yo. La diferencia era que yo sabía ocultarlo muy bien, había aprendido con los años a esconder la presión y el miedo.

—Albert Silverman —aclaré para ayudar a Paul—. Fueron vecinos y compañeros de escuela —mencioné—, y fueron al ejercito juntos.

—¡Albert! —Peter carcajeó—. Claro que lo recuerdo —respondió—, él... —Peter rio de nuevo—. ¿Y tú eres su hijo?

—Sí.

—Sí. —Peter señaló a Paul—. Te pareces a él —comentó—. El mismo color de pelo, y de ojos. ¿Cómo está Albert?

—Pues...

—Viejo, imagino.

Peter comenzó a hamacarse. Paul me miró y suspiró silenciosamente. Paul escondió una mano detrás y observó al anciano. La mano comenzó a temblarle, señal de nerviosismo absoluto.

—La verdad es que —tomé la palabra— Albert está muy enfermo.

—¿Enfermo?

—Sí —respondí—. Por eso vinimos hasta aquí. —De reojo miré a Paul, luego lo tomé del brazo—. No-no sé cómo decir esto. Albert... él...

—Él está muriendo —Paul— y necesita verlo.

—¿A mí? —Peter se señaló—. ¿Por qué?

—Porque fueron grandes amigos y porque Albert aun lo considera su amigo.

—No lo sé... —Peter siguió meciéndose—. Estoy viejo... —Peter desvió la mirada a los árboles—. Mi cadera no es tan buena como antes y es un largo viaje a la ciudad.

—Pero él lo necesita —dijo Paul.

—Claro que no —negó—. Albert no me necesita, ni yo a él.

—¿Disculpe? —pregunté anonadad.

—Éramos amigos, nos alejamos, él hizo mi vida, yo la mía —contó—. Tengo a mi esposa, a mis hijos y nietos. ¿Qué más puedo pedir? —preguntó—. Y él tiene hijos también. —Señaló a Paul—. Tiene compañía.

—Entonces, ¿quiere decir que va a ignorarlo? —pregunté—. ¿Va a ignorar a la persona que le dio un lugar para quedarse cuando se peleó con su padre?

—Eso fue hace tiempo.

—¿Y qué me dice del campamento? —pregunté—. ¿O de su problema con la bebida? ¿Recuerda quien lo ayudó? ¿Quién lo acompañó? —Peter apretó el brazo de la silla—. ¿No recuerda nada de eso? ¿Sigue pensando que ya no es su amigo?

—Son malos recuerdos.

—¿Y por eso va a olvidarlos? —pregunté. Peter no respondió—. Albert estuvo a su lado siempre que lo necesitó, y ahora que él lo necesita, ¿va a negarse? ¿Albert alguna vez le pidió algo? Dígame.

—No.

—Vinimos por él, en su nombre, porque sabemos que él no le pediría esto, pero en el fondo... en el fondo él quiere verlo, quiere despedirse de la única persona a la que... su único gran amigo.

Estuve a punto de decirlo. No supe cómo, pero me contuve. Abracé el brazo de Paul y me escondí detrás de él para que nadie me viera llorar. Paul me acarició la cabeza con la mano libre y dejé escapar un gimoteo.

—Tranquila —murmuró Paul. Él se alejó un momento de mí y le dio un pedazo de papel a Peter—. Esta es la dirección de nuestra casa —indicó—. Por favor, aprecie a mi padre tanto como él lo aprecia a usted.

Paul me tomó por los hombros y me acercó a él. Nos marchamos del lugar, desalentados y

decepcionados. El Peter del que tanto me había hablado Albert ya no estaba allí. En su lugar había un anciano demasiado cómodo que no quería bajarse de su mecedora y al que no le importaba mucho los demás.

Nos subimos al barco y en silencio emprendimos nuestro viaje de vuelta. Me senté en el mismo lugar que antes, sin ánimos de hablar y pensando todo de más.

—¿Estás bien? —Paul se sentó a mi lado de nuevo.

—Sí —murmuré—. Lo siento.

—¿Por qué te disculpas? —Paul me acomodó un mechón de cabello—. No debes disculparte por nada.

—Es que... ¿cómo puede decir algo así? —pregunté con voz débil y cansada—. El Peter del que me habló tu padre... —Suspiré—. Ahora que lo pienso, se parecían en algo, este Peter y el joven Peter...

—¿En qué?

—Cuando se metía en problemas, lo hacía sin pensar en los demás, al igual que cuando tomaba decisiones —relaté—. Peter no logra ver más allá de sí mismo, bueno, la mayoría del tiempo. Su falta de consideración... hiere a las personas.

—Es cierto.

—Espero no haber actuado así en mi vida.

## 9

### La conclusión

El día siguiente al viaje comenzó con un maullido de Tony. Me levanté de la cama, llené el plato con alimento y volví a dormir. Estaba destrozada, decepcionada, avergonzada. No tenía el valor para visitar a Albert, estaba segura que en cuanto vea su rostro la imagen del egoísta de Peter aparecería en mi mente. Tampoco tenía el valor de ver a Paul a la cara luego de aquel llanto. Odiaba mostrarme débil frente a alguien. Aun lo odio.

El teléfono celular sonó y un mensaje entró. Me tomé el tiempo para alcanzar el celular y leer el mensaje. Era una pregunta de Paul. Él quería llamarme, pero no sin mi consentimiento. Menudo caballero resultó ser.

—Hola. —Llamé a Paul primero—. Acabo de levantarme, ¿está todo bien?

—Hola —respondió—. Sí, estoy en casa, decidí no ir al trabajo por hoy —dijo—. Albert... mi padre se siente un poco decaído —contó—. La visita de mi hermana no fue agradable al parecer.

Escuché que Paul suspiró. Supuse cuál era su idea y cerré los ojos con fuerza como un intento fantástico de escape. Apreté los labios y me regañé a mí misma internamente.

—¿Quieres que vaya? —pregunté casi con arrepentimiento.

—¿Puedes? Digo, ¿quieres venir?

—C-claro. —Mentirosa, gran, gran mentirosa—. Me cambiaré y estaré allí en unos minutos.

—Muy bien —respondió—. Él se alegrará mucho de verte.

—Genial...

—De-de acuerdo, nos vemos.

Quería quedarme en casa, quería retroceder en el tiempo e ignorar el mensaje. Pero no podía. También quería llevar a Tony. Necesitaba de su presencia para sentirme fuerte y acompañada. Pero no lo llevé conmigo. Él no se merecía padecer mi martirio psicológico.

Me aseguré que Tony estuviera sano y salvo antes de irme. Llegué a casa de Albert tan pronto como pude y luego de saludar al ama de llaves me encontré con Paul en la sala de estar.

—Viniste. —Paul se levantó del sofá y se aproximó—. Em... —Se acercó tanto que tuve que levantar el rostro para poder mirarlo—. Hola —dijo nervioso.

—Hola —respondí y retrocedí un paso para verlo mejor—. ¿Cómo se encuentra Albert?

—Él —Paul colocó las manos en la cintura— está mejor. —Se cruzó de brazos—. ¿Quieres verlo? —Paul se deshizo del cruce de brazos y señaló hacia el pasillo.

—Claro.

Paul se puso en marcha y yo lo seguí detrás. Él se detuvo frente a la puerta del cuarto de Albert. Estuvo a punto de abrir la puerta, pero lo detuve tomándolo de la manga de la camisa. Paul me miró confundido, inclinó la cabeza y preguntó con la mirada qué sucedía.

—No sé si pueda —susurré.

—¿Qué?

—Entrar —aclaré—. Ayer...

—Olvídate de ayer. —Paul me tomó por los hombros—. Lo intentamos, ¿de acuerdo? —Asentí con la cabeza—. Papá no sabe que fuimos a verlo, ni que lo encontramos, ni siquiera sabe que lo buscamos.



—Lo-lo mejor sería no mencionarlo —balbuceé.

—Exacto —dijo con suavidad—. Vamos —Paul estiró la mano hacia mí—, entraré contigo.

Respiré profundamente, miré los hermosos ojos celestes de Paul y tomé su mano. Ingresé al dormitorio con Paul a mi lado, cautelosamente me acerqué a la cama, me detuve cuando Albert notó mi presencia.

—Cara —habló con tanta felicidad que me dolió el corazón—. ¡Qué alegría verte! Te esperaba ayer, pero no viniste.

—No, es que... —Miré a Paul.

—Oh, no me digas... —Albert rio con picardía—. ¿Tuvieron una cita?

—Algo así —respondí—. ¿Cómo has estado? —pregunté y cambié de tema.

—Bien, mi hija vino a verme —respondió.

Albert sonrió y dejó ver un rayo de tristeza en sus ojos. Se veía que él amaba a su hija a pesar de todo. A pesar del dolor que le causaba, él la amaba. Albert era de esas personas. Peter, Laura, Oliver, estoy segura que él los amaría ciegamente.

—Qué bueno —opiné—. De seguro hablaron de muchas cosas.

—Sí... —Albert asintió con la cabeza.

—Yo... —Apreté un poco la mano de Paul—. Hablé con mi editor —conté— y dijo que solo necesitaría tu aprobación para poner todo en marcha.

—Por supuesto que tienes mi aprobación —dijo animado—. Mi historia en un libro —susurró con cierto anhelo—, jamás lo hubiera imaginado. Gracias.

—Yo soy quien debería agradecerte —contradije—. Abriste tu corazón y mostraste con honestidad tus sentimientos, contaste tu historia y sobretodo me diste una gran lección sobre el amor. —Apreté los labios por un instante—. Así que... gracias.

—Quisiera... —Albert se inclinó hacia la orilla de la cama y empezó a buscar algo en la mesa de noche—. ¿Dónde está...?

—Déjame ayudarte. —Paul se aproximó a su padre—. ¿Aquí?

Paul abrió el cajón y Albert comenzó a hurgar entre los papeles. Albert sacó un sobre sellado y se lo entregó a su hijo. Paul lo tomó y retrocedió un paso.

—Ábrelo cuando... sea el momento.

—Papá...

—¿Y cuándo empezaron a salir? —preguntó.

Mascullé palabras sin sentido y de reojo miré a Paul. Esperanza llamó a la puerta y entró a la habitación segundos más tarde. Se disculpó por la intromisión y nos informó que Albert tenía visitas.

—¿Visitas? —preguntó Paul.

—Así es —respondió Esperanza—. Un hombre mayor —indicó—. Está esperando en el pasillo.

Antes de que pudiéramos decir o hacer algo, el visitante se asomó por la puerta. Y cuando lo hizo, nos dejó sin aliento.

—¿Peter? —Albert tembló al hablar.

—Hola, amigo.

Peter entró al dormitorio con cierta timidez.

—Tú... —Paul lo señaló—. Es bueno... verte... aquí.

—Sí, bueno, tu novia es muy convincente.

Dejamos a Albert a solas con Peter. De seguro tenían mucho de qué hablar. Nos dirigimos los tres a la cocina. Esperanza nos preparó chocolate caliente y se marchó a limpiar los cuartos. Paul

se sentó a beber y me hizo un ademán para que me uniera a él. Me senté a su lado, agarré la taza, pero no bebí.

—¿Te sientes mejor? —preguntó—. Ahora que Peter está aquí.

—Sí —respondí—. Aunque no sé cómo resultará.

—Resultará bien —dijo él.

—Eso espero.

—¿Quieres ir a verlos? —preguntó.

—No —respondí—. Démosle un poco de tiempo. —Bebí el chocolate y suspiré—. Aun así, hay algo que deberíamos hacer.

—¿Qué?

—Salir —bromeé—, así la gente no se equivocará más al llamarme tu novia.

Paul carcajeó y le dio otro sorbo al café, luego asintió con la cabeza.

—Tienes razón.

—¿A que sí?

Albert y Peter charlaron hasta el mediodía en el cuarto de Albert. Más tarde, los cuatro almorzamos en el comedor, Albert y Peter compartieron algunas de sus historias y Paul y yo nos convertimos en testigos de una amistad que jamás se había acabado. Albert y Peter hablaron por unas horas más hasta que Peter anunció que debía marcharse o la noche lo atraparía en barco. Albert y Peter se abrazaron y se despidieron. Albert llamó a Peter antes de que saliera por la puerta de la sala al pasillo. Peter se detuvo y se volteó a verlo.

—Yo... —Albert apretó los brazos del sillón—. Yo quería decirte que... —Tragó saliva—. Te amo.

Dejé de respirar de asombro, miré inmediatamente a Paul y reconocí el pánico en sus ojos.

—Y yo a ti, Albert.

El Peter que me había descrito Albert en sus historias, ese Peter volvió aquel día. Un Peter que apreciaba a Albert, que lo amaba. El amor no siempre tiene que ver con el romance, también existen otras clases de amor. Amor por la familia, por los amigos, por el hogar, por la vida. Tal vez Peter no amó a Albert de la misma manera, pero su cariño fue más que suficiente para Albert, quien pasó el resto del día con una sonrisa plasmada en el rostro. Albert se despidió con una sonrisa al irse a dormir...

Albert no despertó al día siguiente. Falleció mientras dormía. Fue como si tan solo hubiera estado esperando ver a Peter para así confesar sus sentimientos y liberar su alma. Albert nos dejó sin arrepentimientos, sin penas ni angustias. Albert se marchó pleno y tranquilo. Diría que no dolió, pero sería una gran mentira. Nos dolió como toda pérdida, tal vez a unos más que a otros. Nuestra contención fue saber que él se fue tranquilo y sin arrepentimientos, que se fue feliz.

En cuanto al sobre que le había dado a Paul, contenía el consentimiento para que el libro pudiera ser publicado. También contenía tres cartas, una para cada hijo. En ellas se disculpaba y agradecía a sus preciados hijos por la hermosa vida que había compartido con ellos. Me hizo pensar en Oliver. Albert no se había despedido de él. Pero recordé que Albert jamás se había enfadado con su hijo. Oliver fue quien se había enfadado con su padre.

Y llamé a mi madre porque a pesar de los malos recuerdos y las dramáticas discusiones ella seguía siendo mi madre, la persona que me dio la vida, que me cuidó cuando era pequeña y que la mayoría del tiempo tomó decisiones para lo que ella creía que era mi bien. Seguramente la habré asustado con muchas de mis acciones, de seguro se habrá preocupado por mí y por mi futuro alguna vez. Todo padre desea lo mejor para su hijo, y mi madre también.

Hubiera querido que Oliver viera a su padre una vez más. Deseé haber podido hacer algo. Paul

me recordó que era humana y que no podía hacerlo todo por mí misma. A veces se necesita de alguien más para hacer ciertas cosas. Pedir ayuda no tiene nada de malo.

Otra cosa que deseé fue haber podido pasar más tiempo con Albert. Desearía decirle tantas cosas, agradecerle por muchas otras. Desearía decirle que su amor incondicional hacia los demás era admirable, pero que olvidó amar a una persona especial, a sí mismo. Desearía decirle que su amabilidad era sobresaliente, que fue un hombre muy valiente, que sus sacrificios no fueron en vano.

Para el final del libro dejé un recuerdo, una frase que Albert me dijo una mañana mientras desayunábamos en aquella sala lujosa de su casa.

*La vida está llena de obstáculos, superarlos puede llevar un tiempo, pero cuando lo haces... que hermosa se siente la libertad.*

Entonces, ¿cuál es tu historia?